

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 05

Entre dos planetas

KURD LASSWITZ

CIENCIA FICCIÓN DE 1897



Ilustraciones de Eulogio Varela

Prologado por Agustín Jaureguizar

Corregido, revisado y anotado
por Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

MUESTRA

ENTRE DOS PLANETAS

Kurd Lasswitz

Ciencia ficción de 1897

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 05

Prologado por Agustín Jaureguizar

Ilustraciones de Eulogio Varela

Revisado, corregido y anotado por Rubene Guirauta

EDICIONES

el cilindro

www.elcilindro.com

Título: Entre dos planetas

Título original: *Auf zwei Planeten*

Primera edición en alemán: 1897

Primera edición en español: entregas en 1903 y 1904

Esta edición: noviembre, 2024

Colección: Clásicos de la ciencia ficción 05

Prólogo: *Entre dos planetas*, de Agustín Jaureguizar ©

Ilustraciones: Eulogio Varela

Corrección, revisión y notas: Rubene Guirauta ©

Imagen de portada: *Dos planetas*, de Rubene Guirauta ©

© Ediciones El Cilindro

Todos los derechos reservados sobre los textos corregidos y sus notas, el prólogo, los retoques de las ilustraciones y la cubierta
Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Una edición revisada es una obra derivada y goza de los derechos de autor que otorga la Ley de Propiedad Intelectual.

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>ENTRE DOS PLANETAS</i>	5
ENTRE DOS PLANETAS.....	9
I. EN EL POLO NORTE	11
II. EL SECRETO DEL POLO	21
III. LOS HABITANTES DE MARTE.....	31
IV. LA CAÍDA DEL GLOBO	39
V. EN LA ISLA ARTIFICIAL.....	43
VI. EN MANOS DEL HADA.....	51
VII. NUEVOS ENIGMAS	59
VIII. LOS DUEÑOS DEL ESPACIO.....	67
IX. LOS HUÉSPEDES DE LOS MARCIANOS	77
X. <i>LÁ</i> Y SALTNER	85
XI. MARCIANOS Y HOMBRES	95
XII. LOS NAVEGANTES AÉREOS.....	105
XIII. LA AVENTURA DE LOS MARCIANOS EN EL POLO SUR.....	117
XIV. ENTRE LA TIERRA Y MARTE.....	125
XV. A 6356 KIÓMETROS SOBRE EL POLO NORTE.....	133
XVI. MIRANDO A LA PATRIA.....	143
XVII. PLANES Y TEMORES.....	153
XVIII. LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS MARCIANOS	165
XIX. LA LIBERTAD DE LA VOLUNTAD	173
XX. LA NUEVA NAVE AÉREA	181
XXI. EL HIJO DEL MARCIANO	189
XXII. VIAJE RÁPIDO	199
XXIII. LA RESOLUCIÓN DE ISMA.....	207
XXIV. EL TELEGRAMA DE MARTE.....	217
XXV. INGLESES Y MARCIANOS	225
XXVI. EL COMBATE CON LA NAVE AÉREA.....	233
XXVII. EN MARTE.....	243
XXVIII. CURIOSIDADES MARCIANAS	253
XXIX. EL ALMUERZO EN SECRETO	261
XXX. EL MUSEO TERRESTRE.....	271
XXXI. POLÍTICA MARCIANA	279
XXXII. IDEALES	287

XXXIII. MEDIO BILLÓN DE CONTRIBUCIONES.....	293
XXXIV. EL RETROSPECTIVO.....	301
XXXV. LA RENTA DE MARTE.....	311
XXXVI. EL VIAJE DE SALTNER.....	319
XXXVII. EL DESIERTO DE GOL.....	327
XXXVIII. DESCANSANDO EN LUGAR PELIGROSO	333
XXXIX. LOS MARCIANOS EN LA TIERRA	341
XL. LAS PENAS DE ISMA	347
XLI. LA BATALLA DE PORTSMOUTH.....	355
XLII. EL PROTECTORADO SOBRE LA TIERRA.....	363
XLIII. LOS VENCIDOS.....	371
XLIV. LA FUGA DE TORM.....	375
XLV. LA DESGRACIA DE LA PATRIA.....	383
XLVI. EL CULTOR DE LOS ALEMANES.....	389
XLVII. ISMA	399
XLVIII. EL INSTRUCTOR DE BOZEN.....	405
XLIX. LA FUGA A LA MONTAÑA.....	413
L. EL YATE AÉREO	417
LI. LAS MARCIANAS EN BERLÍN.....	421
LII. LA TORMENTA.....	425
LIII. INCERTIDUMBRE EN EL OBSERVATORIO.....	427
LIV. ANGUSTIA SUPREMA	433
LV. AYUDÁNDOSE SOLO	435
LVI. PERDIDO EL JUEGO.....	439
LVII. SOLUCIÓN	442
LVIII. LA RECONQUISTA DE LA TIERRA	447
LIX. PAZ UNIVERSAL	451
MAPA DE MARTE DE 1888.....	455
GLOSARIO MARCIANO-ESPAÑOL.....	458
ÍNDICE ONOMÁSTICO DE MARCIANOS	459
SOBRE ESTA EDICIÓN Y LA DE 1904.....	461
COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN	464

PRÓLOGO. ENTRE DOS PLANETAS

por Agustín Jaureguizar

¡LA RAZA MARCIANA IGUAL QUE LA ARIA! HASTA AHÍ PODÍAMOS LLEGAR: LA OBRA estuvo prohibida por los nazis por «democrática».

El periódico ABC de Madrid, que a principios del siglo XX era de gran tamaño, publicaba un folletín en la parte inferior de su última hoja, páginas 11 y 12. Las medias hojas, recortadas y dobladas por su mitad, a modo de pliegos de cordel, componían volúmenes de centenares de páginas.

Aparecían en ABC dos veces por semana, así que su edición completa duraba uno o dos años. Hubo quien recortó todas las hojas y las encuadernó, y también el propio diario, reuniendo los ejemplares devueltos o haciendo una nueva impresión, vendía colecciones enteras de la obra.

A partir del 16 de junio de 1903 sacó *Auf zwei Planeten* (*Entre dos planetas*), del alemán Kurd Lasswitz, a razón de 139 entregas correspondientes a 556 páginas de 21x14 cm., aproximadamente. La obra estuvo adornada con dibujos de Eulogio Varela, ilustrador habitual de la revista Blanco y Negro, igualmente de Prensa Española, quien, en una auténtica prospección del futuro femenino, se recrea con frecuencia en figuras de mujer marciana que parecen chicas terrestres de cien años después.

Donald H. Tuck, en *The Encyclopedia of Science Fiction and Fantasy*, se hace eco admirado de esta temprana edición, seriada en un periódico español, pues Lasswitz no se tradujo al inglés hasta los años cincuenta del siglo XX. Es un dato, como los demás de nuestra lengua en esta enciclopedia, que facilitó el gran aficionado zaragozano Dr. Antonio Duplá, con el que me relacioné, conocí su biblioteca y en parte la adquirí tras su fallecimiento.

Carl Theodor Victor Kurd Lasswitz (20-abr-1848, Breslau – 17-oct-1910, Gotha) alcanzó cotas muy altas a nivel filosófico, científico, literario, de historiador de la ciencia y de pionero de la ciencia ficción. Se le ha llamado el Julio Verne alemán, pero sus ficciones son muy distintas, mejor se le podría llamar el H.G. Wells alemán. *Entre dos planetas* se publicó un año después de *La guerra de los mundos* y las diferencias entre ambas novelas son tan grandes que se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que la del alemán no sufrió ninguna influencia de la del inglés.

Lasswitz escribió en el campo del *mainstream* y de la *scientifiction*: alguien ha dicho de él que no escribía ciencia ficción, impartía lecciones. De formación kantiana, enseñó por años filosofía en el *Gymnasium Ernestinum* de Gotha, ciudad en la que murió cuatro años antes de que estallase la Gran Guerra, luego conocida como Primera Guerra Mundial.

En 1871 escribió *Bis zuh Nullpunkt des Seins* (*Al punto cero de la existencia*), una disputa de estudiantes entre razón y sentimiento, ubicada en el año 2731, con atisbos de cómo será la vida en ese futuro. Este cuento es uno de los dos de *Bilder aus der Nullpunkt*, donde aparecen tan tempranamente el aprendizaje durante el sueño, las píldoras alimenticias, un piano de olores y una computadora. Se ha dicho de su obra *Gegen des Weltgesetz*, que inspiró el *Ralph 124 C41+*, de Hugo Gernsback quien, naturalmente, hablaba alemán.

Otro relato suyo, *Die Universalbibliothek*, de 1901, fue la inspiración de *La Biblioteca Universal*, de Borges, como éste reconoció con largueza. A diferencia del argentino, el alemán no llegó al fondo de la cuestión, aunque puso la primera piedra, demostrando matemáticamente que dicha Biblioteca era tan inconmensurable como posible: fue el hombre de lo fantástico plausible.

Su última composición fue *Sterneutau: die Pflanze von Neptunusmond* (*Rocío de estrellas: El planeta del mundo de Neptuno*), aparecida en 1909, un año antes de su muerte.

En 1897 publicó *Auf zwei Planeten* (*Entre dos planetas*), novela en la que postula la existencia de vida inteligente en Marte. Tres científicos alemanes, el director del Departamento de Aerostación Científica Hugo Torm, el naturalista y explorador Josef Saltner y el célebre astrónomo Grunthe llegan al Polo Norte —que todavía no había sido alcanzado— en un globo de gas. En el lugar en que, según sus cálculos, debería de estar el polo descubren una isla, aparentemente artificial, que tiene en su superficie un mapa incompleto de la Tierra. Los tres hombres deciden que, obviamente, se trata de residentes de naturaleza no humana.

Saltner fotografía el mapa y Torm envía una paloma mensajera con un mensaje con la noticia del sensacional descubrimiento. Y los tres hombres intentan escapar del poder desconocido, mas el plan está condenado al fracaso debido a una inexplicable, y cada vez mayor, fuerza antigravitatoria hacia arriba sobre la isla. Pronto queda claro que los habitantes de la isla, que son marcianos, manipulan la gravedad y son los responsables de este fenómeno.

La succión no se había aplicado al globo, sino a una nave que era transportada desde la isla hasta una estación espacial situada en órbita sincrónica encima del polo, alimentada con energía solar. Los científicos se ven atrapados por esta succión, que se controla desde la isla, hasta que cesa cuando la nave llega a la estación espacial. El globo cae entonces al agua cerca de la isla y los marcianos abandonan su base para socorrer a los terrestres en una gravedad tres veces mayor que la de Marte.

Estos marcianos, en su lengua *nume*, como los terrestres son *bate*, han de operar en el polo porque si bien pueden soportar sus duras condiciones climáticas, no soportan en cambio la rotación de la Tierra.

Los científicos han perdido el conocimiento y, cuando Grunthe y Saltner despiertan, se encuentran bien atendidos, pero Torm parece perdido porque no está con ellos. Dos mujeres marcianas, *Lá* y *Sé*, los cuidan y Saltner está muy contento con su trato, pero Grunthe se muestra distante. Después de algunas dificultades de comunicación, pues hasta ahora los marcianos sólo habían conocido a los inuit (nombre genérico de los habitantes del Ártico), los científicos reciben de los marcianos todos los objetos que pudieron recuperar del globo caído, más un libro que no sabían que tenían: un diccionario alemán-marciano.

Los marcianos están muy adelantados en el plano tecnológico, baste decir que han combatido el hambre de su empobrecido planeta extrayendo alimentos de las rocas. También en los planos intelectual y moral, no conocen la guerra desde hace generaciones y su código ético les impide explotar a otros seres tecnológicamente más atrasados, aunque a medida que avanza el libro empiezan a tratar a los terrestres con gran arrogancia.

Ni Saltner ni Grunthe tienen claros los motivos de los marcianos, que dicen no haber venido con intenciones hostiles, sino a ayudarnos a cambio de un poco de aire y energía, que ya escasean en su viejo mundo, pero se va revelando que su intención final no excluye la explotación de los recursos naturales de la Tierra.

Han empezado siendo amables y casi serviles, aunque se jactan de la naturaleza marciana: su signo es la razón y la cultura. El autor los describe como personas muy inteligentes que dominan todas las técnicas y están fascinados por la energía solar que tiene la Tierra, muchas veces mayor que la que llega a Marte.

Son muy parecidos a los humanos, con la diferencia de que la temperatura de sus cuerpos es algo superior a la de los terrestres y sus ojos son bastante más grandes, lo que les permiten expresar emociones con ellos. A los *bate* los llaman «los de ojos pequeños». Lo que cuentan de Marte está muy influenciado por las teorías de Percival Lowell, el hombre de los canales, para decirlo brevemente, y también de los *canali* de Giovanni Schiaparelli.

Situada la trama, lógicamente no voy a desvelar el argumento en el prólogo. Sí adelantaré que una actitud posterior de los marcianos, coincidente con un cambio político en su planeta, sirve a Lasswitz para denunciar el imperialismo y las políticas coloniales, tales como las que estaban llevando a cabo los europeos con los países del tercer mundo.

Aunque se trata de una novela de ciencia ficción no puede ser más diferente de las otras que narran una guerra contra los marcianos. Publicada un año después de *La guerra de los mundos*, de Wells, las diferencias entre ambas —me repito— son tan grandes que se puede afirmar sin temor a equivocarse que la novela del alemán no sufrió ninguna influencia de la del inglés. Las dos sirvieron para las elucubraciones de Percival Lowell sobre la famosa red de canales de Marte construidos por una raza avanzada.

Lasswitz entiende que el desarrollo ético depende del científico y de la confrontación entre ambas culturas salen ganando las dos. La Tierra tiende hacia un hipotético estado utópico, presentado de forma verosímil, en cuyo gobierno tienen tanto que ver los científicos como los ideales marcianos.

Se oponen al progreso las pasiones humanas y la crueldad de la naturaleza. Las primeras se combaten con la educación y la segunda se vence con la ciencia. Ayudan a ello dos invenciones marcianas, la conversión de las radiaciones solares en electricidad almacenable y la producción de alimentos sintéticos. En otro orden de cosas, su dominio de la gravitación les permite volar a velocidades ¡muy superiores a la de la luz! Poseen carreteras rodantes y el Retrospectivo, la máquina que permite ver el pasado.

Yo la recomiendo, es una novela desconocida, excepcional para la época en que se escribió.

Agustín Jaureguizar

Este prólogo fue elaborado amablemente para la ocasión por Agustín Jaureguizar, empleando fragmentos de su propio artículo «Los recortables de ABC» y material de nuevo cuño. Muchas gracias, Agustín, por esta colaboración, esto nos acerca más a la «numenidad».



MUESTRA



I. EN EL POLO NORTE

POR LOS INMENSOS DESIERTOS POLARES CUBIERTOS DE HIELO SE ARRASTRA FURIOSA una serpiente. Su escuálido cuerpo, larguísimo, enorme, se extiende azotando en veloz carrera los fríos témpanos de agua helada. Se desliza por entre bloques que flotan en el mar y las olas agitan. Atraviesa un ancho brazo del océano abierto, y siempre ágil, resbala sobre la elevada orilla y sigue su camino al norte, sin desviarse, en busca de la montaña que se levanta en el cercano horizonte. En su curso recorre ingentes ventisqueros y cruza valles profundos, adornados con miserables saxífragas verdes y amarillentas que brotan por aquí y allá en medio de las rocas dispersas. Las escasas hojas de un raquíptico sauce caen con el rudo golpe del desenfrenado reptil y, asustada, emprende el vuelo un ave polar; hasta el oso blanco despierta y, gruñendo, se levanta en busca del atrevido ser que acaba de rozarle la peluda piel.

Inútil trabajo. La serpiente sigue su camino, erguida la cabeza, como desafiando al sol...

Estamos a 19 de agosto, en las primeras horas del amanecer.

Los rayos del sol caen oblicuos sobre la falda de la montaña, revestida de abundante vegetación. El día polar está en su apogeo. Detrás de aquellas lomas está el Polo Norte y hacia él se encamina la sierpe. Su delgado cuerpo se desvanece en el aire claro y transparente que cubre el ártico panorama y la cabeza del monstruo se pierde en las alturas. Mostrando el camino flota al frente un cuerpo redondo reluciente como el oro a los rayos del sol: es un globo de grandes proporciones. Tersa, se hincha la fina seda bajo la presión del gas hidrógeno que la infla y sostiene al aeróstato a una altura constante de trescientos metros del suelo. Arrastrado por una fuerte corriente de viento sur va caminando al Polo Norte, buscado con tanto afán por los sabios del mundo entero. La serpiente es un cable

que, pendiente del globo y arrastrando por el suelo, le sirve de timón y de regulador. Si quiere elevarse más el peso del cable lo detiene y, si baja demasiado, la cuerda se extiende sobre el suelo, aligerando el peso del globo. La resistencia que encuentra el cable rozando la tierra permite a los aeronautas, por medio de una pequeña vela, guiar el globo y desviarlo, hasta cierto punto, de la dirección del viento.

Pero en estos momentos está recogida. El viento sopla directamente del sur, como mejor no podrían desearlo nuestros atrevidos expedicionarios al Polo. Durante largo tiempo estuvieron esperando la brisa en la costa norte de Svalbard y ya tenían tener que desistir de su viaje, regresando desde aquel punto, como sucedió al intrépido sueco Andrée en su primera tentativa¹. Por fin, el 17 de agosto hubo viento favorable y elevaron el globo. En dos días recorrieron más de mil kilómetros en línea recta al norte. El aeróstato pasó el océano Ártico, descubierto por Nansen², y volvió a encontrar tierra firme, con gran sorpresa de los exploradores y a despecho de la creencia general entre los sabios. El cabo Supan, en tierra de Andrée³, iba desapareciendo ante sus miradas y pronto se sabría si las dos previas expediciones, una en globo y la otra en trineo, habían llegado verdaderamente al Polo, como opinaban sus jefes. Sobre esto habían surgido dudas; en semejantes alturas era imposible precisar con exactitud la posición que guardarán; desde el globo se veía poco, a causa de la densa neblina, y desde los trineos se tenía un horizonte muy limitado. Para salir de incertidumbres se organizó la presente expedición alemana, costada por el riquísimo astrónomo Friedrich Ell, que intentaba de nuevo llegar hasta el Polo en globo.

Como es natural, se aprovecharon todas las experiencias adquiridas en las expediciones anteriores. La Sociedad Internacional para la Exploración del Polo creó, desde luego, una sección especial para la aerostación científica. Particular

¹ Se refiere a la expedición organizada por el aventurero sueco Salomon August Andrée (1854-1897) con la intención de sobrevolar las cercanías del Polo Norte en globo. El Polo Norte no se alcanzaría hasta 1909 por Robert Peary y *Entre dos planetas* se publicó en 1897. La expedición de Andrée de 1897, quien viajaba con otros dos compañeros, desapareció y durante años no se supo nada de ellos. No se encontraron sus cadáveres hasta 1930, en un campamento en la isla de Kvitøya. Su globo apenas voló dos días y se estrelló en el hielo ártico. Fracasaron en conseguir regresar a la zona poblada de Svalbard y murieron, según se ha podido reconstruir, en el mes de octubre de 1897.

² El noruego Fridtjof Nansen (1861-1930) fue un personaje polifacético. En sus primeros años se dedicó a la exploración ártica, desarrollando técnicas que serían fundamentales en las futuras exploraciones árticas y antárticas, que llevarían en 1911 al éxito de Amundsen en el Polo Sur. Cruzó Groenlandia. Navegó el Océano Glaciar Ártico hasta la latitud 86°14'N. Tuvo una vida rica y variada. Más tarde, ya en el mundo de la diplomacia y la filantropía, fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz de 1922.

³ La Tierra de Andrée es una península al norte de Spitsbergen, la mayor isla de las que forman el archipiélago de Svalbard.

cuidado le mereció el estudio del cable remolcador, esa cuerda pendiente del globo que ofrece un medio para guiar y dirigir los aeróstatos en lo que cabe, pues presta a éstos los mismos servicios que la resistencia del agua al barco velero. Se mandaron construir cilindros metálicos para almacenar hidrógeno comprimido a una presión de 250 atmósferas y sustituir el gas del globo conforme se iba perdiendo durante una travesía larga. La barquilla recibió una forma nueva de construcción y estaba provista de un mecanismo especial para cerrarla herméticamente. El globo «Polo» reunía todas estas condiciones y adelantos. Además, llevaba un paracaídas colgado del fondo de la barquilla provisto de un cómodo asiento en forma de sillín galápago y una cesta bien repleta de provisiones.

Hugo Torm, el director de la Sección de Aerostación Científica, se había encargado en persona del mando de la expedición; le acompañaban el célebre astrónomo Grunthe y Josef Saltner, naturalista y explorador. Éste echó una mirada al reloj y al barómetro, oprimió el botón de la cámara fotográfica y anotó las observaciones sobre el tiempo y la presión atmosférica.

—Vaya —murmuró—, este paisaje lo tenemos en el bolsillo. —En seguida se recostó y estiró los pies, calzados con pesadas botas de fieltro, hasta donde lo permitía el reducido espacio de la barquilla y, volviendo la mirada hacia sus compañeros, dijo:

—Señores, estoy horriblemente cansado y pienso echar un sueñecito, con el permiso de mi capitán.

—Duerma usted —contestó Torm—, es su turno. Pero le recomiendo que se dé prisa, pues de seguir este viento tres horas... —se interrumpió y tomó nota de los aparatos.

—No deje usted de despertarme cuando... lleguemos... al... Polo... —dijo Saltner hablando con los ojos cerrados. Al pronunciar la última palabra se quedó dormido.

—Tenemos una suerte desmedida —comenzó Torm—. Estamos volando en el sentido verdadero de la palabra. Acabo de apuntar 3.9 kilómetros de recorrido durante los últimos cinco minutos. Dígame, ¿podría usted precisar nuestra situación?

—Creo que sí —contestó Grunthe tomando el sextante—. El globo camina tranquilo y tenemos la hora bastante exacta. Hace una hora y 26 minutos estaba el sol en su punto más bajo.

Dicho esto, tomó la altura del sol y en seguida comenzó a calcular.

El paisaje a los pies de los aeronautas yacía en una calma perfecta. Una extensa meseta cubierta de musgos y salpicada aquí y allá de pequeñas charcas de agua servía de base a una cordillera que se alzaba enfrente del globo. El silencio era interrumpido únicamente por el tictac de los relojes y el periódico susurrar del psicrómetro al aflojar la cuerda. A estos ruidos se unía el leve sonido que producía la tranquila respiración del dormido Saltner.



¡Qué distinta esta expedición de tantas otras! ¡Cuán agradable el viaje en globo! ¡Cuánto más cómodo y menos penoso que caminar en trineos arrastrados por famélicos perros a través de las extensas llanuras cubiertas de nieves y hielos!

Terminado su cálculo alzó Grunthe la vista y preguntó:

—¿Qué latitud saca usted sumando el recorrido total?

—Ochenta y ocho grados cincuenta... cincuenta y un minutos.

—Yo saco más.

Grunthe hizo una pequeña pausa y volvió a rectificar sus cálculos; después dijo pausadamente y con voz tranquila:

—Ochenta y nueve grados doce minutos.

—¡Imposible!

—Segurísimo —afirmó el otro secamente. Y pronunciada la palabra apretó los labios hasta formar una línea recta que sombreaba sus ralos bigotes. Esto significaba que ningún poder humano era capaz de hacerle modificar su opinión, emitida en calidad de axioma.

—Siendo así —exclamó Torm con viveza—, faltan únicamente 90 kilómetros hasta el Polo.

—Ochenta y nueve y medio —dijo el otro.

—¡Dentro de dos horas llegaremos!

—Dentro de 1 hora 52 minutos —corrigió el imperturbable Grunthe—, en el supuesto de que el viento conserve la actual velocidad.

—Sí, suponiendo eso —siguió Torm— dos horitas nada más. ¡Dios lo permita!

—Ganada aquella loma veremos el Polo.

—¡Tiene usted razón, doctor! Lo veremos. Pero... ¿llegaremos?

—¿Y por qué no? —preguntó Grunthe.

—Ese color del cielo... allí detrás de los cerros... no me agrada nada. Hace horas está dando el sol en las pendientes del norte y hay una corriente de aire ascendente...

—¡Paciencia! Ya veremos.

—¡Mire!... ¡mire!... ¡qué hermosura! —exclamó Torm—. Los hielos se desprenden y ruedan por la falda del cerro.

—Y nosotros volamos directamente sobre él. Creo que deberíamos remontarnos más. ¿Qué opina usted?

—Lo mismo que usted. Nuestro camino ha de ser por encima de esas alturas. ¡Atención! ¡Corte usted!

Dos sacos de lastre separados por Grunthe cayeron y el globo se elevó como una flecha.

—¡Cómo engaña la distancia! —siguió Torm—. No creí que la pared estuviera tan cerca. Hay que sacrificar más lastre —y cortó otro saco—. Debemos evitar la barranca —explicó—, nadie sabe qué remolinos pueden esperarnos en ella. Pero ¿qué es esto? ¿ya no sube el globo? No hay remedio; ¡a tirar lastre!

Enfrente de ellos se levantaba una pared formada de macizas rocas negruzcas que dividía en dos las inmensas moles de hielo y el globo se hallaba en una vecindad alarmante. Con ansiedad y expectación observaban los dos sabios el vuelo del aeróstato. Afortunadamente, en esta proximidad de los cerros el viento no tenía mucha fuerza; de lo contrario, ya se hubieran estrellado contra las piedras. El globo estaba ahora dentro de la sombra proyectada por el cerro, con lo que el gas iba enfriándose. La temperatura había bajado a muchos grados bajo cero. Torm reflexionaba si debía seguir tirando lastre. La cuestión era delicada, pues todo el equivalente al peso que perdía ahora lo tenía que sacrificar más tarde soltando gas y éste constituía su tesoro más valioso, era el único medio a su alcance para volver a salir de las glaciales regiones polares. Por otra parte, ignoraba lo que pudiera esperarle al otro lado de los cerros. El globo ascendía con una lentitud exagerada. Ahora, una corriente lateral lo empuja, los rayos del sol vuelven a tocarlo, el gas se dilata y sube el globo, dejando atrás las moles del hielo...

—¡Hurra! —sale simultáneamente de boca de ambos aeronautas.

—¿Qué pasa? —pregunta Saltner despertando sobresaltado—. ¿Hemos llegado?

—¿Querrá usted ver el Polo?

—¿Dónde está? ¿dónde? —y de un salto se pone de pie—. ¡Cáspita! ¡qué frío hace!

—Como que hemos ascendido 500 metros más —observa Torm.

Siguiendo el ejemplo de los compañeros Saltner se pone un abrigo de pieles.

—Estamos casi a la altura del cerro. Cuando logremos mirar al otro lado de él el Polo estará a nuestra vista a unos 50 kilómetros al norte.

—¡Donde se engrasa el eje de la Tierra! —interrumpió Saltner. —Tengo una curiosidad enorme. Menos mal que no hace falta poner el champagne al hielo.

De pie en la barquilla se mantenían los tres asidos del cordaje de las amarras y dirigían ávidas miradas al través de los gemelos de larga distancia al norte. Los picos de los cerros iban desapareciendo poco a poco hundiéndose a sus plantas; una ancha loma se interponía aún a la vista; el globo caminaba nuevamente al nivel de la cima, y el cable se arrastraba... Faltaba salvar una última barranca profunda y verían el objeto de sus ardientes deseos. El globo flotaba en el centro de la grieta, a unos cien metros, a lo sumo, sobre el suelo. El viento seguía soplando

del sur, aunque con menor fuerza, y el aeróstato subía por la suave pendiente que formaba el campo helado.

Aislados picos blancos se destacaban a gran distancia, visibles allá detrás del cercano horizonte formado por la valla de hielo. El globo está a la misma altura del último obstáculo que limita las miradas de los aeronautas. Los picos van creciendo; forman una cordillera...

—Esos picos están al otro lado del Polo —exclama Grunthe, notándose ahora alguna emoción en su trémula voz.

El globo seguía ascendiendo... Debajo de los blancos picos nevados, que resplandecen con reflejos purpúreos, aparecen cordilleras de tintes oscuros. El aeróstato llega a la cima y flota ahora sobre un abismo profundo. El cable remolcador se precipita, cayendo al vacío, y el globo desciende en seguida algunos centenares de metros. Luego vuelve a subir y bajar como péndulo que busca el equilibrio. Estas repentinas oscilaciones ocuparon por completo la atención de los tres sabios. Entonces miraron para abajo. Un inmenso caos de rocas y trozos de hielo se divisa en las lejanas profundidades. A la espalda la abrupta pared de inmensa altura sobre la cual se proyecta la trémula sombra del globo en fantástico bailoteo. Desembarazados ya del cuidado de los aparatos pudieron mirar para adelante al norte... ¿o sería quizás ya al sur?

Saltner fue el primero que dirigió los ojos al frente y, en seguida, dejó oír un prolongado silbido. No articuló palabra alguna.

—¡El mar! —exclamó Torm.

—¡Sea enhorabuena! —profirió ahora Saltner—. Pues tuvo casi razón el viejo Petermann⁴. Y digo «casi», porque ciertamente es un mar polar abierto.

—Un mar interior, un lago, unos mil kilómetros cuadrados —dijo Grunthe—. Algo así como el lago de Constanza. En cambio, es fácil que allá a lo lejos sigan canales y ramificaciones.

—Buen trabajo tendría el que llegara a pie o embarcado a este sitio para formarse una opinión y decidir si el mar está dentro de la tierra o ésta dentro de aquél —observó Saltner—. Por nuestra parte lo sabremos más cómodamente.

—Es muy posible —opinó Torm— que tengamos a la vista un brazo del océano, aunque desde aquí parece estar el agua embutida entre los cerros. En fin, ya veremos. Pero, ante todo, ¿qué hacemos ahora? Hemos tenido que elevarnos tanto que en caso de descender ahora perderíamos gran cantidad de gas. Por otra parte, creo tendremos que volver a subir por encima de aquellas alturas. La cuestión es difícil. Tenemos tiempo para tomar una resolución, pues el globo camina con suma lentitud.

⁴ August Heinrich Petermann (1822-1878) fue un cartógrafo alemán. Defendía la teoría de un mar ártico libre de hielo. Supuestamente, tras una zona de banquisa en torno a los 80 grados de latitud, podrían encontrarse más allá aguas templadas. Esta teoría estuvo muy en boga durante el siglo XIX y languideció especialmente tras la expedición de Nansen (referenciado antes).

—Por eso vamos a aprovechar la oportunidad y hacerle al Polo nuestro bien merecido saludo —exclamó Saltner sacando en seguida un estuche en el cual asomaban los plateados cuellos de tres botellas de champagne.

—Yo no sabía nada de esto —dijo Torm en son de pregunta.

—Esto es un obsequio de la señora Isma. Vea usted lo que dice el rótulo: «Para destaparlo en el Polo. Peso: cuatro kilogramos.»

Torm se echó a reír.

—Ya me lo figuraba —dijo—. Mi mujer tenía que poner algo de contrabando para infringir el reglamento de la expedición.

—Sin embargo, es un pensamiento sublime el de la señora —contestó Saltner—. ¡Hacernos brindar a su salud nada menos que en el Polo Norte y con champagne! Estará usted conforme conmigo en que éste es un caso sin precedentes; ¡hasta ahora no se ha brindado aquí a la salud de señora alguna! y ¡cuán sublime sensación de deleite no nos causará a nosotros el beber con este frío el licor espumoso a la salud de nuestra capitana! —Y, por último, preguntó: —¿no es el colmo de todos los goces y simplemente digno de estallar de satisfacción olímpica el mirar la trágica faz de nuestro querido astrónomo? Sus principios no le permiten tomar champagne y sus principios le impiden igualmente brindar a la salud de un ser femenino. Pero, como le obligan sus principios a brindar por el Polo y es su ardiente deseo hacerlo, se halla en una contienda de principios que, si quiere salirse de ella, le costará un trabajo endemoniado.

—A eso podría replicar muchas cosas —contestó Grunthe—. Por ejemplo, que aún no sabemos ni siquiera dónde está verdaderamente el Polo.

—Aunque sea así —interrumpió Torm—, por eso precisamente estamos obligados a celebrar el momento en que con seguridad lo tenemos por vez primera en nuestro campo de mira. ¡Niegue usted esto!

—¿Bueno! Sí —contestó Grunthe a la par que una leve sonrisa vagaba por su cara—. Quiero suponer que nos hallamos en el Polo. Así podré brindar con ustedes o no, conforme yo quiera y sin ponerme en contradicción con principios de ninguna especie.

—¿Cómo es eso? —preguntó Saltner.

—El Polo es un punto falto de estabilidad. Los principios son reglas valederas bajo la suposición de que existan las





condiciones para las cuales se han establecido. Ante todo, la estabilidad para la definición de espacio y tiempo. En el Polo todas las condiciones están en suspenso. Aquí no existen ya las direcciones astronómicas: cada dirección puede calificarse de norte, sur, este u oeste. Tampoco valen las divisiones del día; todos los tiempos, noche, mañana, mediodía y tarde, se hallan presentes a la vez. De suerte que o valen todas las reglas juntas o no vale ninguna. Hemos encontrado el absoluto punto de indiferencia de todas las definiciones, el ideal de lo incoloro respecto a opiniones.

—¡Bravo! ¡bravísimo!

—exclamó Saltner, que entre-

tanto había vertido el espumoso vino en las copas de aluminio—. ¡Viva la señora Isma Torm, nuestra graciosa donante!

Saltner y Torm levantaron las copas. Grunthe, con los labios apretados y la mirada fija hacia adelante, sostenía la suya inmóvil, dejando impassible que los otros brindasen. Entonces prorrumpió Torm:

—¡Viva el Polo Norte! —y Grunthe hizo también chocar su copa contra las otras dos, agregando:

—¡Viva la humanidad!

Bebieron y Saltner exclamó:

—El brindis del amigo Grunthe es tan general que una copa no es bastante para hacerle la razón —y volvió a llenar los vasos.

Entretanto el globo había sido arrastrado lentamente hacia el mar interior, que iba descubriéndose más y más ante las asombradas miradas de los viajeros. Partiendo del pie de la altísima pared, la falda se inclinaba suavemente en una extensión de veinte kilómetros hasta llegar a la orilla. El aspecto del paisaje había variado por completo. El salvajismo de las estériles masas de hielo desapareció del todo; verdes praderas, cubiertas de algunos trozos de roca diseminados por aquí y por allá, se deslizaban suavemente hacia el agua; podía imaginarse que se miraba a un soberbio valle alpino con su pequeño lago de azuladas aguas en el centro. En la lejana orilla opuesta y desvaneciéndose en vago crepúsculo parecía, sin embargo, abundar de nuevo el hielo y las rocas. Un cúmulo de nubes cubría

los picos de las montañas. Pero lo más sorprendente del escenario era el aspecto de una de las infinitas y multiformes islas e islotes esparcidos por entre las aguas del lago, hasta donde acababa de llegar el globo. Era menor que la mayoría de las restantes, pero de contornos tan regulares y perfectos que parecía dudoso fuera una creación de la naturaleza. Los pedazos de roca cubiertos de líquenes, tan abundantes en las otras islas, faltaban por completo en ésta.

Los exploradores estarían aún a una distancia de doce kilómetros de esta isla enigmática, que examinaban con ayuda de los anteojos, cuando Torm se dirigió a Grunthe:

—Tenga usted la bondad de darnos su opinión. ¿Podemos precisar exactamente el lugar en donde nos hallamos? Debo confesar que, al pasar las montañas, y con el rápido cambio en las alturas, me ha sido imposible seguir las diferentes marcas.

—He hecho varios sondeos —contestó el aludido—, pero son insuficientes para una determinación precisa. El método de aprovechar las medidas de la altura solar ya no puede emplearse tampoco, pues nos es imposible precisar con alguna seguridad la hora del día. Hemos perdido por completo la dirección de la brújula; no nos podemos fiar aquí en el norte. Pero sea como fuere estamos en la inmediata proximidad del Polo. Los meridianos se juntan tanto unos con los otros que la desviación de un kilómetro hacia derecha o izquierda determina una diferencia de tiempo de una hora o más. Si desde que cruzamos por la cordillera nuestro globo se ha desviado cinco o seis kilómetros de la dirección norte-sur, lo que puede muy bien ser, no son ahora, como suponemos, las tres de la mañana del 19 de agosto, sino ya las doce del día. O caso de habernos desviado al oeste, hasta hemos vuelto a retroceder al día de ayer y estamos en la tarde del 18 de agosto.

—¡Que diablura! —exclamó Saltner—. ¡Esas tenemos con el eterno sol en el Polo! ¡Ahora puedo volver a pegarle a mi calendario la hoja arrancada ayer!

—Muy posible —dijo Grunthe sonriendo—. Supongamos que dé usted un paseo alrededor del Polo y a una distancia de cien metros de éste; en cinco minutos habrá dado usted la vuelta cómodamente y pasado los 360 meridianos, de manera que en cinco minutos recorrió todas las horas del día. Dando la vuelta hacia el oeste, y para obtener la hora exacta de cada meridiano, tendría usted que atrasar su reloj cuatro minutos en cada uno de ellos, resultando que, transcurridos los cinco minutos, lleva usted un día completo de retraso; y si sigue usted dando vueltas al Polo durante una hora, su reloj, si tiene marcador de fechas, señalará el 7 de agosto.

—¡Tendré que comprarme un calendario de quita y pon! —observó Saltner.

—Sí. Pero dando la vuelta hacia el este, adelantaría usted otro tanto en el tiempo y, después de doce paseos alrededor del Polo, habría alcanzado el 31 de agosto, siempre que quitara una hoja del calendario al terminar cada vuelta. Pero en ambos casos seguiría siendo el mismo 19 de agosto. No tiene usted, por lo

tanto, más remedio que arreglar convenientemente el marcador de fechas como lo hacen los marinos al pasar el meridiano 180.

—¿Y si volamos en línea recta por encima del Polo?

—En este caso damos un salto de doce horas. El Polo es un punto falto de estabilidad; nada más.

—¡Caramba! Así no se sabe dónde se encuentra uno.

—Eso es la parte fatal —dijo Torm—. Desde un principio tuvimos que resignarnos a precisar nuestra situación por medio del camino recorrido. ¿Será imposible hallar algo distinto?

—Únicamente descendiendo y colocando nuestros instrumentos en tierra firme para poder divisar algunas estrellas.

—En esto podemos pensar después de cruzado el lago y una vez dominadas las montañas. De ninguna manera podemos arriesgarnos a descender entre estas islas. En realidad, no aventajamos en nada a nuestros predecesores, y el Polo queda sin definirse.

—¡Desagradable! —gruñó Saltner—. Tal vez estamos precisamente en el Polo y no lo sabemos.



II. EL SECRETO DEL POLO

EL GLOBO SEGUÍA CAMINANDO LENTAMENTE, PERO SIN GUARDAR LA DIRECCIÓN de la pequeña isla; antes bien, la iba dejando a la derecha.

Grunthe anotaba las alturas del terreno, Torm copiaba las indicaciones de los instrumentos y Saltner, cuya obligación era fijar fotográficamente los distintos paisajes, observaba el panorama con un soberbio anteojo de relieve que presentaba los objetos dieciséis veces aumentados de tamaño y tenía un alcance que amonorraba diez veces la distancia óptica. Todo se distinguía por tal medio con plasticidad estereoscópica. El espacio entre el globo y la isla era tan corto que de haber personas en ésta el anteojo las hubiera descubierto.

II. EL SECRETO DEL POLO

Saltner meneaba la cabeza, volvió a mirar a través del anteojo, lo bajó y volvió a menear la cabeza.

—Señores —dijo—, o se me ha subido el champagne a la cabeza...

—¿Dos copas a usted? —preguntó Torm sonriendo.

—Tampoco lo creo; conqué... o...

—O... ¿qué es lo que ve usted?

—Otros han estado aquí antes que nosotros.

—¡Imposible! —exclamaron a un tiempo los otros dos.

—Las actuales memorias no mencionan para nada esta isla. Evidentemente nuestros predecesores no han podido pasar las montañas —añadió Torm.

—Véalo usted —dijo Saltner dándole el anteojo.

Él y Grunthe hicieron uso de los gemelos menores. Torm miró con avidez a la isla, quiso decir algo, pero únicamente movía los labios, y se quedó callado del todo.

Saltner volvió a comenzar:

—La isla es exactamente circular, ya lo hemos notado. Pero ahora verán ustedes que en el mismo centro se halla otro círculo oscuro de... digamos unos cien metros de diámetro.

—Efectivamente —aseguró Grunthe—, pero no es un simple círculo, sino una excavación cilíndrica, según se ve ahora claramente. Y por la orilla hay algo parecido a una barandilla.

—Y observando la orilla de la isla, ¿qué ve usted?

—La fuerza de mis gemelos no es suficiente para distinguir detalles.

—He visto eso a lo que probablemente se refiere usted —dijo Torm—. Pero ¿qué pasa? —exclamó interrumpiéndose—, ¿está cambiando de dirección el globo?

Devolvió el anteojo a Grunthe consagrandole su atención al aeróstato, que se desviaba hacia la derecha de su curso primitivo, caminando paralelo a la orilla de la isla y trazando círculos alrededor de ella en una distancia que permanecía siempre igual.

—Veamos si nos referimos a lo mismo —dijo Grunthe—, por la orilla de la isla corre un círculo de prominencias parecidas a columnas colocadas a distancias iguales entre sí.

—Así es —afirmaron los otros.

—Las he contado —observó Torm—. Son doce grandes, y entre cada par de ellas, once menores; ciento cuarenta y cuatro en conjunto.

—¿Y ese extraño reflejo que se ve por encima de toda la isla?

—Parece estar cubierta con una red de relumbrantes hilos metálicos, o bien de rieles que van como los rayos de una rueda desde el centro a la periferia.

—Sí —dijo Torm, sentándose un momento, lívido y rendido por el cansancio—, y notarán ustedes otra cosa si siguen mirando. Yo se lo diré a ustedes —y su voz sonaba ronca y dura—. Lo que ven ustedes ahí es el Polo Norte de la Tierra, pero... nosotros no le hemos descubierto.

II. EL SECRETO DEL POLO

—¡No faltaba más! —gritó Saltner—. ¿Para eso nos hemos metido en esta garrafa aérea? ¡No, capitán, nosotros lo hemos descubierto, y lo que vemos no es obra humana! ¡No puedo imaginarme una persona bastante loca para venir a tender alambres en este sitio! Antes quiero creer que el eje del globo terráqueo termina en una inmensa rueda de velocípedo y que, efectivamente, estamos llamados a engrasarla. ¡No hay que perder el ánimo!

—Si no han sido seres humanos —dijo Torm agobiado—, y tampoco puedo creerlos capaces de hacer tal cosa, ni sé de dónde podrían haber venido... eso se hubiera sabido. Entonces... un engaño no es tampoco... Pierdo la razón.

—¡Vamos! —dijo Saltner—. Los osos polares no lo habrán hecho, aunque ya tampoco me causaría gran admiración si viéramos llegar en este momento una foca alada que anunciara: «Estación Polo Norte». Pero podría muy bien ser un fenómeno de la naturaleza, un extraño proceso de cristalización... ¡Cáspita! Ya caigo, ¡es un géiser! ¡un enorme géiser!

—No, amigo Saltner —contestó Torm—, eso pensé también; un volcán de fango podría tener una configuración parecida. Pero me parece que lo esencial... lo principal... lo... inexplicable no lo han notado ustedes aún.

—¿Y es?

—Lo he visto —dijo Grunthe bajando el antejo. Echóse hacia atrás y arrugó la frente. En torno de sus labios, fuertemente comprimidos, iban formándose también multitud de arrugas que hacían asemejarse su boca a un guion entre paréntesis. Preocupado, se abismó en profunda meditación.

Saltner tomó el antejo y Torm le dijo:

—¡Observe usted el color del suelo de toda la isla!

—¡Son figuras!

—Sí —contestó Torm—, y estas figuras forman un mapa exacto de una gran parte del hemisferio norte de la Tierra, tomado en perspectiva de proyección polar. Claramente se distinguen los contornos de la costa de Groenlandia, Norteamérica, el estrecho de Bering, Siberia; Europa entera con sus islas y penínsulas, que no pueden confundirse; el Mediterráneo hasta la costa norte de África... aunque todo muy acertado.

—No cabe duda —replicó Saltner—. Los contornos del Polo, hasta cerca del grado 30, están claramente representados en un mapa de dimensiones colosales.

—Pero ¿cómo es posible?

Esta pregunta no halló contestación. Los tres callaron.

Entretanto, iba el globo dando una vuelta alrededor de la isla, a la que se había acercado un poco más. Era evidente que una fuerza desconocida, tal vez un movimiento rotativo del aire, lo empujaba alrededor de la isla, a la par que hacia el eje del remolino. Esta fuerza emanaba, con toda probabilidad, del centro de la isla.

Torm interrumpió el silencio y dijo:

—Señores, hay que tomar una resolución. ¿Qué opinan ustedes?

II. EL SECRETO DEL POLO

—Ante todo —comenzó Saltner—, voy a sacar una fotografía de este notable mapamundi; parece exacto hasta en los detalles. Que no puede ser obra humana nos lo prueba el hecho de hallarse dibujadas aun las mismas regiones polares desconocidas hasta hoy. La excavación interior, en la que termina el mapa, corresponde a una latitud de 86 grados; así es que faltan los cuatro grados más próximos al Polo, lo que es muy sensible para nosotros.

—Indudablemente —dijo Torm— hay que sacar una fotografía. Ya no cabe dudar de que tenemos delante la obra de seres dotados de inteligencia, aunque me es imposible comprender quiénes puedan ser. Ahora bien, estando figurada con exactitud la parte que podemos apreciar, debemos sacar en consecuencia que las porciones del territorio polar hacia las costas norte de América y de Siberia estén igualmente bien representadas y así obtendremos de una vez un mapa completo de este terreno polar aún no explorado.

—Vaya, me parece que debemos estar satisfechos con este resultado. Figúrense qué útil nos será el mapa para hacer nuestro regreso. Bueno —con estas palabras volvió Saltner la cámara a su sitio—, tengo tres impresiones seguras. Pero ¿el globo camina con mayor velocidad?

—Me parece que sí —contestó Torm—, y les ruego a ustedes que me digan si aventurarnos un descenso sobre la isla para aclarar este misterio.

—Creo —opinó Saltner— que debemos ensayarlo. Hay que ver con quién tenemos que habérmolas.

—Seguramente —dijo Torm— el problema es seductor; pero queda el temor de que perdamos tanto gas que ya nos sea imposible hacer uso del globo. ¿Qué opinión tiene usted, doctor Grunthe?

El aludido salió de su meditación y pronunció con mucha seriedad las siguientes palabras:

—De ninguna manera debemos descender. Hasta soy de opinión que debemos hacer toda clase de esfuerzos para alejarnos prontamente de este lugar peligroso.

—¿Qué peligro teme usted?

—Vista la estructura peculiar del Polo y los trazos de la superficie terrestre no cabe dudar que nos encontramos enfrente de una potencia enteramente desconocida para nosotros. Debemos suponer que tenemos que habérmolas con seres dotados de una inteligencia y de fuerzas superiores a las nuestras. El que pudo colocar semejante aparato gigantesco en estos helados e inaccesibles desiertos del territorio polar, sin duda alguna, podría disponer de nosotros a su completísimo antojo.

—Vamos, vamos —dijo Torm—, ¡no hay que acobardarse!

—Eso no —replicó Grunthe—, pero tampoco hay que comprometer el éxito de la expedición. Los habitantes del Polo pueden, tal vez, tener interés en no transmitir noticia alguna de su existencia a los países civilizados, y en este caso perderíamos indudablemente la libertad. Creo que debemos hacer lo posible para transmitir nuestras observaciones a la ciencia y dejar a deliberaciones posteriores

la decisión sobre si es prudente y con ayuda de qué medios tratar de descifrar el inesperado problema del Polo. No debemos considerarnos como conquistadores, sino como simples exploradores.

Los otros dos callaron, pensativos. Luego dijo Torm:

—Le doy a usted la razón. Nuestras instrucciones nos prescriben terminantemente evitar un descenso en lo posible: que tratemos de llegar con la mayor prontitud a países habitados una vez que nos hayamos aproximado al Polo y precisado su situación y que hagamos por obtener desde el globo una perspectiva de la distribución de mares y de tierras. Esto debe ser decisivo. Tratemos, por lo tanto, de alejarnos de aquí.

—Pero ¿en qué dirección? —preguntó Saltner—. Sobre esto nos podrá informar el mapa polar de la isla.

—Mucho me temo —observó Torm— que dependerá muy poco de nuestra voluntad. Hay que esperar la resolución que tome el viento con nosotros. Tratemos, por lo pronto, de escapar del remolino.

El globo, entretanto, se había aproximado aún más a la isla y su velocidad iba en aumento. Al mismo tiempo se elevaba a mayor altura.

Los aeronautas colocaron la vela y le dieron tal posición, que la resistencia del aire tenía que impulsarlos hacia la periferia del remolino. Pero como el globo flotaba demasiado alto, impidiendo así que el cable remolcador ejerciera su influencia directriz, la maniobra tenía que fallar al principio. En espirales más y más cerradas subía el globo, aproximándose al centro de remolino; también la velocidad iba en aumento. Los aeronautas observaban estos incidentes sintiéndose invadidos de grandes temores. Se dieron prisa en alargar el cable. El exquisito armamento que llevaba el globo les permitía emplear un cable remolcador de mil metros de largo, que terminaba en una correa de ciento cincuenta metros provista de flotadores. Pero ni esta considerable extensión de la cuerda bastaba para que el extremo tocara al agua.

—No hay remedio —exclamó finalmente Torm—. Tenemos que descender.

Abrió la válvula de escape. El gas salía. Comenzó a bajar el globo.

—Como no sabemos —dijo Torm— cómo escaparemos de ésta trataremos a lo menos de mandar una noticia a casa. Soltemos unas palomas mensajeras; es el momento oportuno. Lo que vimos tiene que saberse en Europa.

Rápidamente trazó algunas notas breves en tiras de papel, enrolló éstas y las encerró en unos cañones de pluma que lacró y afianzó en las patas de las palomas.

Saltner soltó las aves. Dieron repetidas vueltas al globo y se alejaron en dirección contraria a la isla.

Torm volvió a cerrar la válvula. De un momento a otro esperaban ver el extremo del cable llegar a la superficie del agua. El globo iba aproximándose a su punto de equilibrio.

Grunthe miraba con el anteojo de relieve derecho hacia abajo, pues este instrumento le permitía ver el ancho saco que hacía de ancla en el extremo de la



correa y calcular así la distancia que le separaba del suelo. De repente extendió el brazo rápidamente y, apoderándose del primer objeto que le vino a la mano (era la caja con las dos restantes botellas de champagne), lo arrojó fuera de la góndola.

—¡Caramba! ¿qué le pasa a usted? —exclamó Saltner colérico—. ¡Tirar el precioso vino al agua!

—Dispense usted —dijo Grunthe, enderezándose al notar en el movimiento de las banderitas que el globo volvía a subir—, dispense usted;

pero no podía tirar el anteojo, y no había que perder ni medio segundo; probablemente nos hubiéramos perdido.

—Pero ¿qué pasaba? —preguntó Torm alarmado.

—Ya no estamos sobre el agua, sino sobre la orilla de la isla. El extremo de la cuerda distaba menos de diez metros de la superficie. La hubiera tocado, de no cesar momentáneamente el descenso del globo. Por fortuna, bastaron las botellas a detener la caída.

—¿Y cree usted que no debemos tocar la isla?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Cómo?

—Nos hubieran obligado a bajar.

—Aún no comprendo por dónde saca usted esta consecuencia.

—Estuvo usted conforme conmigo —dijo Grunthe— en que no debíamos arriesgarnos a caer en el poder de los seres desconocidos, sean lo que fueren, autores de este aparato inexplicable y de este mapa colosal en el Polo Norte. Tampoco es probable que esta instalación que nos va atrayendo más y más, esté aquí abandonada. De fijo está la isla habitada y los misteriosos constructores están probablemente en, o debajo de, aquellos techos y pilares que se interponen a las miradas de nuestros anteojos. Es de suponer que hayan visto nuestro globo desde hace tiempo y así saco en consecuencia que en el momento de llegar el cable a su alcance nos bajarían.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Saltner—. ¡Siquiera concede usted brazos a esos misteriosos huéspedes del Polo! ¡Siquiera es un pensamiento humano que en un caso extremo pueda uno dejarse caer en sus brazos!

II. EL SECRETO DEL POLO

—Aún no puedo resolverme —dijo Torm— a creer en semejante superioridad de fuerzas. Eso estaría en contradicción con todo lo acontecido hasta ahora en la historia de las exploraciones polares y de los viajes de exploración en general. Bien que el mapa... pero ¿qué opinión se forma usted de la isla? Hablaba usted de un aparato; ese aparato debería tener algún objeto...

—Que sin duda tendrá, pero que no estamos en condiciones de conocer ni de comprenderlo. Supóngase usted a un esquimal delante de la dinamo de una instalación eléctrica: que la cosa tenga algún objeto lo podrá comprender, pero ¿cuál? eso no lo podrá adivinar nunca. ¿Cómo habría de entender que los alambres que de ella parten distribuyen inmensas cantidades de energía sobre amplios trechos de terreno? ¿Cómo comprendería que producen claridad solar aquí, que allá hacen deslizarse con facilidad pesados coches cargados con centenares de personas? Al dar su opinión sobre la dinamo el esquimal lo haría de una manera tan pueril que nos causaría risa y, para no hacer el papel del esquimal delante de este aparato desconocido, prefiero no decir nada.

Torm calló, pensativo, luego dijo:

—Lo que me intranquiliza más es la inexplicable fuerza de atracción que ejerce el eje de la isla sobre nuestro globo. Y fíjense ustedes: desde que hemos cerrado el escape del gas el globo vuelve a subir rápidamente y es arrastrado alrededor del centro de la isla.

—¿Y quién le dice a usted lo que pasará si vamos a dar en el mismo eje? Yo creo que nuestra situación es simplemente desesperada. La única manera de salir del remolino es dejarnos caer, y entonces vamos a dar al desconocido poder de los isleños.

—Y, sin embargo —dijo Torm—, tenemos que tomar una resolución.

Los tres callaron. Torm y Grunthe observaban con inquieta mirada los movimientos del globo. Saltner inspeccionaba la isla son el anteojo. Los detalles que se distinguían bien al principio iban borrándose más y más, señal segura del veloz ascenso del globo, de no indicarlo también los instrumentos y hasta el frío que iba aumentando.

Ahora... ¿qué significa esto? Un movimiento, un relumbrar singular se veía en la isla. Saltner avisó a sus compañeros. Miraron hacia abajo, pero sus débiles gemelos les permitían notar solamente unos puntos claros que se movían desde el centro a la periferia del círculo. A Saltner le parecía ver unas figuras que agitaban paños blancos, todos en dirección de dentro de la isla hacia afuera.

—Nos hacen señales —dijo—. Mire usted aquí al través de mi anteojo.

—Eso no puede significar otra cosa más que intimarnos a que nos alejemos del eje. Ya lo comprendemos, sólo que no sabemos cómo hacerlo.

—Hay que abrir toda la válvula de escape —dijo Saltner.

—En ese caso nos entregamos a discreción —exclamó Grunthe.

—Y, sin embargo, no tenemos más remedio que hacerlo —observó Torm.

—¿Y qué importa? —preguntó Saltner—. Puede que esos seres quieran tan sólo nuestro bien. De lo contrario, ¿nos avisarían?

II. EL SECRETO DEL POLO

—Sea como fuera, no debemos seguir ascendiendo —dijo Torm—, estamos subiendo como si nos tiraran para arriba.

Los tres se habían envuelto en sus pieles.

—Esperemos aún —dijo Grunthe—, todavía estamos a unos cien metros del eje de la isla. La neblina se aproxima; vamos a entrar en una capa de nubes. Puede que el globo logre por fin ponerse en equilibrio.

—¡Imposible! —contestó Torm—. Estamos a 4000 metros de altura. El globo estaba en equilibrio cuando el peso de la caja con las botellas de champagne logró cambiar su movimiento y, al subir ahora con tal rapidez, es evidente que una fuerza exterior nos lleva para arriba y que ésta va en aumento mientras más nos aproximamos al centro.

—Debe usted de tener la razón —dijo Grunthe—. Parece que estamos en el radio de acción de una fuerza y que la tierra nos rechaza directamente. ¿Solta-
mos un globo de ensayo?

—No nos puede decir ya nada nuevo; es tarde. ¡Toma! estamos dentro de las nubes.

—Conque ¡abajo! —exclamó Saltner.

Torm abrió bruscamente la válvula de descarga.

El globo moderó su movimiento ascendente, pero no bajaba.

Los aeronautas tenían las miradas fijas en los aparatos. En pocos minutos quedaría decidida su suerte. El gas salía con mucha fuerza absorbido por el aire enrarecido. Si no conseguían pronto el descenso del globo era evidente que habrían perdido el dominio sobre el mar aéreo. En este caso se hallaban en frente de una fuerza que, independiente del equilibrio aerostático en la atmósfera, los alejaba de la tierra.

Y el globo no bajaba. Durante algún tiempo parecía quererse mantener a igual altura, pero el movimiento de remolino que lo empujaba hacia el centro de la isla no cesaba. No había duda de que este eje no era otra cosa que el eje de la Tierra, esa línea matemática sobre la cual se verifica el movimiento rotativo de nuestro planeta. Con fuerza cada vez mayor eran atraídos hacia ella, Pero cuanto más se le aproximaba el globo, con mayor ímpetu era empujado para arriba. Los aeronautas comenzaban a sentir las molestias corporales que suelen acompañar a la elevación a las capas de aire enrarecido. Los tres se quejaban de fuertes latidos del corazón. Saltner tuvo que soltar el antejo, los objetos se confundían ante sus miradas, la respiración iba dificultándose.

—No hay remedio —gritó Torm—. ¡La cuerda rasgadora!

Grunthe la tomó. El objeto del aparato rasgador es arrancar una tira de la envoltura del globo de un largo igual a la sexta parte de la circunferencia del mismo y así se consigue en caso urgente desalojar de gas el globo en pocos minutos. Pero... ¡falló el aparato! Tiraba de la cuerda y no cedía. Debía de haberse enredado en las mallas del globo. Era imposible reparar el daño. El globo seguía subiendo. La tierra había desaparecido, solamente se veían nubes... nubes.

—¡Los aparatos de oxígeno! —ordenó Torm.

II. EL SECRETO DEL POLO

Aunque tenían la intención de mantenerse a una escasa altura no se sabía si las circunstancias los obligarían a subir hasta las regiones más elevadas y para este caso se habían provisto de oxígeno comprimido que permitiera la respiración. Era preciso recurrir a la respiración artificial.

Los exploradores se sintieron con nuevas fuerzas, pero el frío se hacía más y más temible. Notaban que sus miembros iban entumeciéndose. Narices y dedos perdían la sensibilidad y, frotándolos, trataban de volver la circulación a la sangre. El globo seguía elevándose. Más y más aumentaba la velocidad conforme iba aproximándose al centro. Siete mil... ocho mil... nueve mil metros indicaba el barómetro en el transcurso de un cuarto de hora. Ya habían traspasado la altura mayor a que había llegado hombre alguno⁵.

Inmóviles y apretados el uno contra el otro se mantenían los tres. Habían practicado el cierre artificial de la barquilla, ya que les era imposible cambiar la marcha del globo. No podían hacer más que resguardarse contra el frío. Ningún medio de salvación se presentaba. Bajo la influencia del frío aniquilador iban perdiendo toda energía. El vuelo hacia las alturas era incontrarrestable... nada podía salvarlos... morirían congelados... o asfixiados. Era indiferente.

Pero, no obstante, esforzándose y con ayuda de toda su energía, se levantaban uno u otro; una mirada a los instrumentos... el termómetro hacía tiempo se había congelado... y... ¡cosa apenas creíble! el barómetro señalaba una presión de 50 milímetros, es decir, se hallaban a veinte kilómetros de altura sobre la superficie de la Tierra. ¿No parecía que el globo bajaba hacia ellos? El forro de seda, vacío, bajaba sobre la barquilla. La barquilla caminaba con mayor velocidad que el globo, como disparada por un inmenso cañón. Se incrustó en la seda del



⁵ En septiembre de 1862 los meteorólogos británicos Coxwell y Glaisher habían alcanzado en un globo de hidrógeno la altura de unos 11 000 metros y sobrevivieron. Esta epopeya está bien narrada en *Algo nuevo en los cielos* (Crítica, 2022) de Antonio Martínez Ron. Cuando se escribe *Entre dos planetas*, en 1897, este récord permanecía vigente. En 1875 un intento francés de superarlo, infructuoso, había acabado por asfixia con la vida de dos de los tres tripulantes.



globo, los pasajeros quedaron envueltos entre tela y cuerdas, medio privados del sentido. Apenas se dieron cuenta del golpe que sufrieron.

Habían llegado al eje del remolino que partía desde la isla...

Se hallaban perpendicularmente sobre el Polo de la Tierra... el fin deseado y perseguido con tanto ímpetu y tanto afán.

Allá abajo, a sus pies, iluminados por los áureos rayos del sol, se extendían refulgentes nubes en largas tiras, y lejos, muy lejos al sur, con verdes resplandores, yacía la tierra.

Pero los intrépidos exploradores no veían nada. Impotentes, asfixiados... oprimidos por el peso del globo, que era una masa informe y en dirección de eje de la Tierra, volaban hacia los confines de la atmósfera planetaria.

III. LOS HABITANTES DE MARTE

BAJO LA INFLUENCIA DE LA FUERZA MISTERIOSA QUE ARRASTRABA LOS DESPOJOS de la fracasada expedición en dirección del eje de nuestro planeta y los alejaba del Polo habían alcanzado una velocidad pasmosa. Embutida entre los pliegues del globo, ascendía la barquilla con rapidez desenfrenada y loca. Pocos minutos bastarían para provocar la muerte de los pasajeros. El cierre de la góndola no les prestaba protección suficiente.

Imposible distinguir desde tierra el extraño proyectil que parecía atravesar, abandonado y solitario, las inmensidades del espacio... alejado de todo poder humano, juguete de las fuerzas cósmicas...

Y, sin embargo, el globo era objeto de una atención reconcentrada.

Los observadores se hallaban en un sitio donde nadie adivinaría la existencia de seres vivientes ni comprendería cómo era posible que estuvieran allí. Que el Polo Norte estuviera ocupado por habitantes desconocidos era muy extraño y sorprendente, pero siempre era un punto de la Tierra donde podían morar y respirar seres animados. Pero el lugar en donde empezaba a llamar la atención el globo destrozado se hallaba fuera de la atmósfera terrestre. En dirección exacta del eje de la Tierra y a una distancia de su superficie exactamente igual a la del centro de la Tierra hacia abajo, es decir, a una altura de 6356 kilómetros. Rotando libremente en el espacio se mantenía una notable y curiosa obra de arte, un cuerpo anular, de forma semejante a una rueda enorme. El plano de la misma estaba paralelo al horizonte del Polo.

Este anillo tenía de ancho unos 50 metros y un diámetro interior de 20, siendo su diámetro total de 120 metros. Alrededor del mismo se extendían, además, parecidos a los anillos de Saturno, unos discos delgados pero muy anchos, cuyo diámetro llegaba a otros 200 metros. Formaban un sistema de volantes que corría sin roce y con gran velocidad alrededor del anillo interior, manteniéndolo siempre en su plano vertical al eje de la Tierra. Semejaba el anillo una gran sala circular, que se elevaba en tres pisos a una altura total de unos 50 metros.

El material del edificio, así como el de los volantes, consistía en una sustancia completamente transparente, pero de una consistencia extraordinaria, y separaba el interior de la sala, cerrado herméticamente a prueba de aire y de calor, del espacio vacío. La temperatura de este último, alrededor del anillo, estaba a casi 200 grados bajo el punto de congelación del agua. Pero así con todo, reinaba en el interior del salón un calor agradable y un aire respirable, aunque muy enrarecido. En el piso segundo, que estaba atravesado por un caos de alambres, rejas y espejos vibrantes, se encontraban dos personas ocupadas en observar y atender una hilera de aparatos.

¿Cómo era posible que este anillo se conservara flotando libremente sobre la Tierra a una altura de 6356 kilómetros? Un profundo conocimiento de la naturaleza y un desarrollo agudísimo de la técnica se encargaron de formar esta obra milagrosa.



Claro está, el anillo dependía de la atracción de la Tierra y, de hallarse entregado a sí mismo, hubiera caído sobre la isla en el Polo. Pero precisamente de esta isla se ejercía una potente influencia repulsiva sobre él que lo mantenía en equilibrio a una distancia exactamente igual al medio diámetro de la Tierra. Esta potencia tenía su origen en el mismo Sol y el poder técnico de una ciencia admirablemente adelantada había logrado transformar la fuerza de la irradiación solar de tal manera que mantuviera el anillo en equilibrio con la Tierra.

En aquella altura de medio diámetro terrestre sobre el Polo se hallaba el anillo expuesto sin interrupción a la irradiación del sol. La energía despedida por los rayos solares era recogida y acumulada en una enorme cantidad de elementos

planos que se encontraban en el interior del anillo y en la superficie de los volantes. Los hombres emplean en la Tierra de esta energía solar única, principalmente, el calor y la luz. Allí en el espacio se mostraba que el Sol desprende incomparablemente mayores cantidades de energía, en particular rayos de ondas larguísimas como los eléctricos y de ondas mucho menores que los de la luz. Nosotros no las percibimos, porque o bien son absorbidas en su mayoría por las capas exteriores de la atmósfera, o bien devueltas al espacio. Allí se recogían todas estas energías, perdidas de otra suerte; se transformaban y, adaptadas a una configuración apropiada, eran reflejadas en la isla del Polo. Una vez en ella eran empleadas, junto con las irradiaciones recogidas directamente desde la isla, en una infinidad de sorprendentes trabajos; de esta manera se disponía de una enorme cantidad de energía⁶.

Una parte de esta fuerza se invertía, desde luego, en la formación de un campo electromagnético de potencia y extensión gigantescas. La isla entera, con los ciento cuarenta y cuatro torreones que la rodeaban, representaba un inmenso electroimán alimentado por el propio Sol. Estaba construido de manera que las líneas potenciales iban concentrándose alrededor del anillo, manteniendo así a éste, en contra de la gravedad, flotando en el vacío. Que esto ocurriese a una distancia del Polo de la mitad del eje terrestre dependía de la relación entre el electromagnetismo y la gravedad, que permitía precisamente en este sitio la formación de un punto de enlace para el movimiento ondulatorio de ambas fuerzas, haciendo posible el equilibrio.

Naturalmente, existían algunos aparatos reguladores complicadísimos y sutilmente combinados que cuidaban de contrabalancear a tiempo las inflexiones e irregularidades que representaban las cantidades variables de energía. Era igualmente imposible la colocación de semejante aparato en otro punto de la Tierra que no estuviera en la prolongación de su eje de rotación, es decir, sobre el Polo Norte o el Polo Sur. En cualquier otro lugar, aparte de dificultades de índole más profunda, la desviación de la superficie terrestre producida por la rotación diaria de la Tierra hubiera presentado insuperables impedimentos para el establecimiento del equilibrio entre la gravedad y el electroimán; igualmente hubiera faltado la regular y constante irradiación solar. El Polo ofrece en todos respectos las circunstancias más sencillas si se logra llegar hasta él.

¡Ea! Los inmejorables ingenieros de la isla y del anillo se hallaban en él. Pero ¿de dónde procedían? ¿cómo habían llegado, sin que la Comisión Internacional para la Exploración del Polo Norte tuviera la más remota idea de su existencia?

⁶ En varios pasajes de esta novela Lasswitz anticipa el uso futuro de la energía solar como fuente de generación de electricidad o energía en general. Es la segunda vez que algo así aparece en la literatura en general y en la literatura de ciencia ficción en particular. Tal vez fue pionero para esto el empresario, inventor y escritor estadounidense John Jacob Astor IV (1864-1912) quien en su novela *Un viaje a otros mundos*, de 1894 (de próxima aparición en español), ya menciona la idea.

III. LOS HABITANTES DE MARTE

Y, ante todo, una vez que estaban allí, ¿qué objeto tenía aquel anillo flotante que se balanceaba sobre el Polo? Y estando allí el anillo, ¿cómo se podía subir hasta él y volver a bajar?

Aquel anillo no era más que un medio para llegar a un fin enteramente distinto. Servía de punto de partida fuera de la atmósfera de la Tierra, de estación para establecer entre ella y la Tierra nada menos que... una suspensión temporal de la gravedad. El espacio entre la abertura interior del anillo con un diámetro de 20 metros, y la excavación practicada en la isla, formando un cilindro con su eje en la misma dirección que el eje de la Tierra, era un «campo abar». Esto significa un terreno sin gravedad. Los cuerpos que llegaban a este espacio cilíndrico no estaban sujetos a la atracción de la Tierra. Este campo abar daba por resultado que hubiera tensiones en el espacio próximo al campo y éstas, por su parte, empujaban hacia el campo a todos los cuerpos que se aproximaban a ellas. Así había acontecido con el globo de los aeronautas, que desparco pero irresistiblemente fue conducido a la isla y, por lo tanto, al campo abar.

La producción de aquel campo en el cual la gravedad se hallaba en suspenso para el espacio interior entre la isla y el anillo había sido posible por medio de una fuerza gravitadora opuesta a la gravedad de la Tierra. Aquellos habitantes del Polo conocían la manera de transformar en gravitación las irradiaciones que producen principalmente efectos químicos: calor y luz. Al efecto, los conducían a la parte interior del anillo, donde entraban en un «generador de gravitación». Era éste un aparato que transformaba el calor en gravitación. Un segundo productor de gravitación, de calidad idéntica, se hallaba en la excavación central del interior de la isla. Ambos aparatos funcionaban de común acuerdo, permitiendo así a los ingenieros la graduación deseada de la gravedad en el interior entre la isla y el anillo. Esta podía disminuirse o suspenderse del todo —en el último caso quedaba establecido el verdadero campo abar— o bien se podía aumentar la contragravedad a tal grado que los cuerpos, dentro del campo, cayeran para arriba, es decir, recibían un aumento de velocidad contrario a la gravedad de la Tierra, que los alejaba de ésta. De tal manera, podían moverse con la velocidad deseada cuerpos entre la isla y el anillo, tanto de abajo a arriba, como de arriba a abajo. Bastaba colocarlos en un vehículo aéreo construido al efecto.

Ahora bien; la difícil obligación de los ingenieros en ambas estaciones consistía en reglamentar el servicio de forma que el campo abar tuviera siempre la fuerza necesaria para empujar el vehículo ascendente y detenerlo en su marcha cuando fuere necesario.

Al caer el globo de nuestros exploradores en el campo abar éste se hallaba puesto en «contragravedad», porque una nave aérea estaba en camino de la isla al anillo. Por esta razón, al llegar el globo al eje del campo abar fue arrastrado para arriba con suma velocidad.

Exteriormente no se diferenciaba el campo en nada del aire vulgar; se notaba tan sólo una fuerte corriente ascendente y, por consiguiente, afluencia lateral de aire. Pero ésta última era tan escasa, dado el corto diámetro de 20 metros del

campo, que no llegaba a formarse una cantidad perceptible de neblina o de nubes, reducida aún más por las irradiaciones constantes de la isla y del anillo, que disolvían en gases el vapor conforme iba condensándose.

Mientras que el globo se hallaba todavía en las capas aéreas, hasta uno o dos kilómetros, el escape de gas podía detener un tanto su ascenso; pero, a partir de aquí, la velocidad era excesiva. La barquilla, que estaba en el centro del campo, sufrió mayor aumento de velocidad contraria que el globo.

Éste, aunque mayor de tamaño, presentaba menos materia y, como era de más de veinte metros de diámetro, sobresalía en parte del campo abar. Solamente después de encogido por la pérdida de gas cayó por completo dentro del campo y entonces comenzó aquella colosal «caída para arriba» que hubiera arrastrado al globo en un cuarto de hora a mil kilómetros. Pero, por fortuna, fue detenido antes de transcurrir un minuto.

Cuando los ingenieros de la isla notaron el globo trataron primeramente de detenerlo por medio de la correa de remolque. Esto lo impidió Grunthe al tirar las botellas de champagne, pues quería evitar todo contacto con la isla. En consecuencia, el globo subió tanto que fue imposible el intento de los isleños: la aeronave quedaba entregada irremisiblemente al campo abar. Una vez en éste, los ingenieros podían haberlo detenido y atraído en seguida con sólo cortar la «contragravedad». Pero les era imposible hacerlo, por hallarse un vehículo aéreo suyo por encima del globo, aunque fuera del alcance de la vista. Por lo tanto, no podían efectuar cambio alguno hasta la llegada de aquél al anillo. Afortunadamente para los aeronautas, debió de efectuarse esto en tiempo brevísimo.

Entretanto los ingenieros del anillo, aunque no veían el globo, habían notado igualmente en sus gravitómetros que un cuerpo extraño se hallaba en el campo abar. En seguida enviaron un telegrama a la isla.

La transmisión no ofrecía dificultad alguna, pues los mismos rayos de luz les servían de conductores. A causa de la intensa irradiación entre la isla y el anillo podían efectuarlo aun en el tiempo más húmedo.

Por medio del rayo de luz telegrafiaban y telefoneaban indistintamente. Las ondulaciones electromagnéticas del teléfono se transformaban en fotoquímicas y se leían directamente en el aparato receptor. Mientras que los desventurados aeronautas ejecutaban envueltos entre la seda del globo su travesía de relámpago sobre el eje de la Tierra pasó a su lado un telegrama dirigido del anillo a la isla, que decía:

«Enajoh. Ke.»

Y de la isla contestaron:

«Bate li war. Tak a fil.»

¡Inútil sería rebuscar todos los idiomas del mundo para encontrar estas palabras y su sentido! Significaban:

—¡Atención! ¡obstáculo! ¿qué pasa?

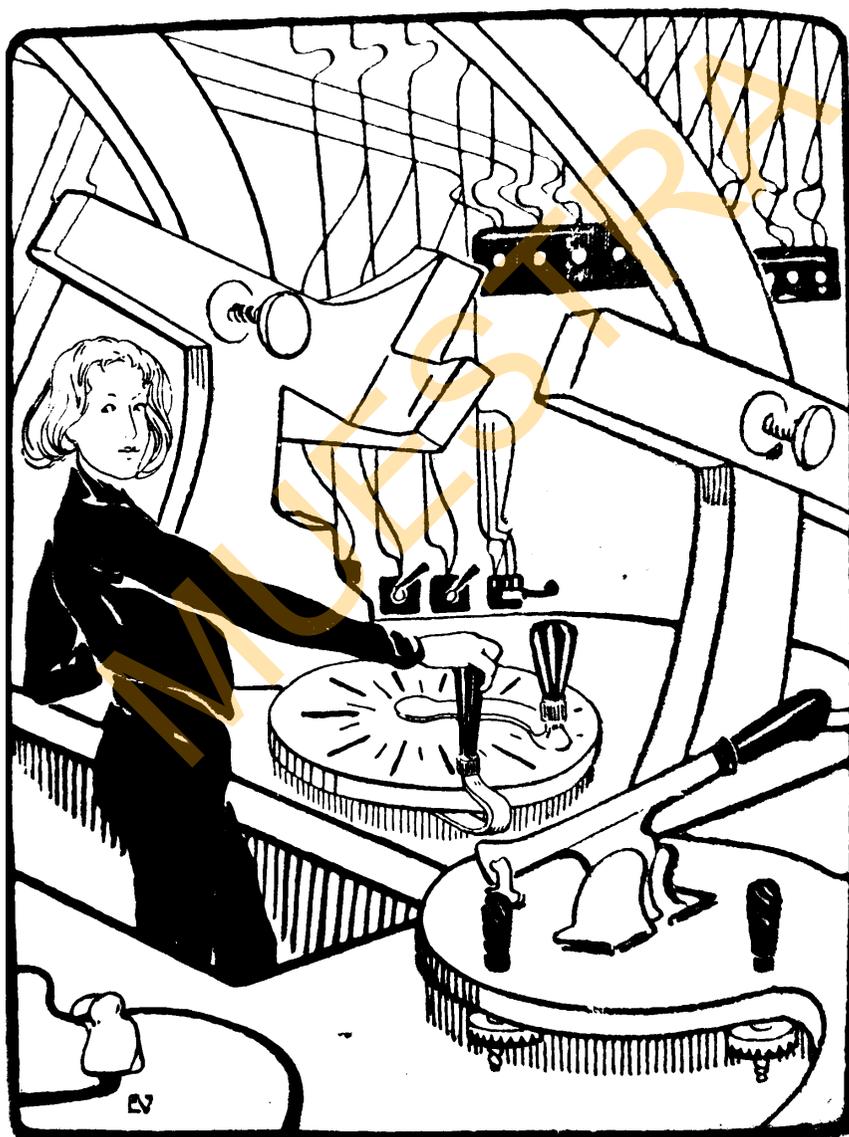
Y la contestación era:

—Hombres en campo abar. Cerrad cuanto antes.

III. LOS HABITANTES DE MARTE

El receptor del último telegrama se encontraba de pie en el departamento observatorio del anillo flotante. Cuidaba de los aparatos colocados en un ancho cuadro de distribución. La manecilla del baroscopio diferencial marcaba exactamente el lugar donde se hallaba el vehículo aéreo al momento. Estaba cerca. Con unas cuantas manipulaciones normalizó la velocidad de la nave y a los pocos minutos llegó a su destino. La red receptora se cerró debajo de él. El vehículo aéreo descansaba en el término de su viaje.

Frú, el director de la estación en persona, aún no había alzado la vista de los aparatos. Se le hubiera tomado por un anciano, a causa del blanco cabello que



flotaba en largos rizos por sus sienes. Su frente, de excepcional altura, se erguía ancha sobre los grandes ojos de relumbrantes pupilas. Pero el porte de su cuerpo era airoso y seguro. Ágilmente se movía a lo largo del cuadro, de un aparato al otro; sus pasos parecían deslizarse sobre el suelo. Era evidente que estaba acostumbrado a una gravedad sumamente inferior a la terrestre. Aquí, a una distancia doble del centro de la Tierra que de la superficie, la gravedad consistía tan sólo en la cuarta parte de la habitual para nosotros.

Se abrió la puerta del vehículo aéreo. El director de la estación anular echó una furtiva mirada hacia él y volvió a ocuparse de los aparatos para telegrafiar al Polo que el campo abar se hallaba libre.

Los pasajeros abandonaron el vehículo y se internaron en la galería. Serían unos dieciocho, de traje singular y ropa muy ajustada. Lo más notable en sus grandes cabezas era el cabello claro, casi blanco, y los relucientes ojos de penetrante mirada, pero resguardados a la sazón por gafas oscuras. Atravesaron la galería que llevaba una inscripción en aquel extraño lenguaje indicando «Estación Cisterrestre» y se dirigieron por una escalera a la puerta de salida que comunicaba con la galería superior. Un letrero indicaba en grandes caracteres: «Vel lo Nu», lo que significaba: «a la nave a Marte».

Aquel anillo flotante era la estación marciana de la Tierra. Era un punto en la proximidad de la Tierra que permitía a los habitantes del planeta Marte establecer una comunicación reglamentada entre su planeta y la Tierra. Los pasajeros del coche aéreo eran marcianos que iban de regreso a su país.

MUESTRA

IV. LA CAÍDA DEL GLOBO

CON OBJETO DE DIRIGIR EL VEHÍCULO AÉREO DÁNDOLE LA VELOCIDAD REQUERIDA se hicieron las operaciones normalizando el campo abar desde la estación anular. Pero, como el cambio de contragravedad y gravedad se extendía por toda la extensión del campo, tuvo por natural consecuencia que sufriera el globo averiado también los efectos de ondulación en su gravedad. Así se moderó al principio en su vuelo ascendente, en seguida recorrió un trecho con velocidad constante y, desde el momento de la llegada del vehículo aéreo al anillo, comenzó el aeróstato a caer nuevamente con una velocidad que iba en crecimiento continuo. Como a semejante altura sobre la Tierra no influye para nada la resistencia del aire el globo y la barquilla caían con igual velocidad; aquél, fuertemente comprimido por la pérdida de una gran parte de gas, cubría la góndola con sus espesos pliegues.

Esta circunstancia había salvado a los aeronautas de una muerte instantánea. La envoltura del globo les prestaba un abrigo contra el frío y, caso curioso, volvió a subir la temperatura en el interior de la barquilla después de atravesada la atmósfera de la Tierra a causa de la irradiación solar, que tocaba ahora al globo con toda su fuerza sin encontrar un obstáculo en el aire. La envoltura del globo la iba absorbiendo y calentando todo lo que se encontraba en su interior.

Una casualidad afortunada hizo que el gas se conservara en parte en el globo, hecho de seda de tan recia calidad que paralizaba casi por completo la difusión del hidrógeno hasta en el mismo vacío. El gas no tenía más escape que la válvula de descenso. Al fallar el aparato desgarrador, en vez de causar la pérdida de los aeronautas, fue su salvación.

La compresión que sufrió el globo en el campo abar hizo encajarse su parte superior en la inferior de tal suerte, que la válvula quedó prensada entre los pliegues, sin que pudiera seguir escapando el gas. Naturalmente, esto no hubiera podido seguir así durante mucho tiempo, pero todo lo acontecido, desde el momento de apoderarse Grunthe de la cuerda desgarradora hasta doblarse el globo y luego hasta cerrar los marcianos el campo abar, duró tan sólo tres o cuatro minutos.

Como en el paso del globo por el campo abar se trataba de un cuerpo descendente, tocaba el cuidado de reglamentar su movimiento a los ingenieros de la isla. La conformación nebulosa del roto aparato les impedía verlo, pero sus instrumentos les indicaban exactamente el lugar donde se hallaba y la velocidad con que caía. En el momento oportuno dieron al campo una contravelocidad tan fuerte que el globo se detuvo a una altura de tres mil metros sobre la Tierra, precisamente en el momento en que acababa de atravesar las nubes y se encontraba expuesto a la observación por medio del antejo. Entonces quedó abandonado a las circunstancias normales de la atmósfera. El campo abar se cerró por completo, sin diferenciarse ya nada del resto de la atmósfera. La pérdida de gas era tanta que el globo no podía sostenerse en el aire, pero los marcianos suponían

IV. LA CAÍDA DEL GLOBO

que, en caso de que hubieran sobrevivido los tripulantes, les sería fácil aminorar y reglamentar el descenso por medio de lastre.

Mas, ¿que veían los isleños en sus anteojos? El globo había, efectivamente, vuelto a elevarse sobre la barquilla; pero ésta se hallaba oprimida contra el anillo y enredada del todo entre revueltas amarras que lo sostenían. Estaba ladeada por completo. El cable remolcador no pendía, sino que se había enrollado en el globo. El cierre de la barquilla estaba abierto. Gran cantidad de su contenido parecía haber caído fuera y el peso del globo disminuido tanto que el gas restante, por poco que fuera, seguía sosteniéndolo. El globo descendía lentamente y, como el campo abar no funcionaba, fue presa del viento. De esta manera caminaba hacia el mar interior, alejándose de la isla y casi en dirección contraria a la que llevaban los aeronautas al llegar al Polo.

Los marcianos comprendieron entonces que la tripulación del globo había perdido el dominio sobre éste. Pero ¿qué podían hacer para salvarla? Estableciendo el campo abar conseguirían hacerse aproximar el globo nuevamente al centro, pero ellos querían precisamente alejarlo de la isla. No podían dejar interrumpida por más tiempo su comunicación con la estación anular.



IV. LA CAÍDA DEL GLOBO

Mientras duró el consejo de los marcianos el globo pasó la isla y flotó sobre el océano. Había descendido, igualmente, a unos dos mil metros. ¿Llegaría a la orilla opuesta? ¿Caería al mar? ¿O se estrellaría contra la muralla de roca de la agreste orilla? Lo último parecía lo más verosímil de no conseguirse la elevación o la caída rápida del aeróstato.

El aspecto de la medio volcada barquilla era horroroso. Los instrumentos, destruidos en parte; cestos y cajas, rotas; provisiones y personas, revueltas en apretado montón, protegidas contra una caída segura solamente por la red que formaban las cuerdas entrelazadas.

Despertado por un agudo dolor en el pie derecho abrió Grunthe los ojos. Con sorpresa vio que se hallaba en el borde de la barquilla, la cual a su vez se había enganchado por un lado con el anillo, quedando encajada entre el tejido de éste y una de las anclas del globo, que le había herido en el pie. Pronto recobró por completo el conocimiento. Movía solamente la parte alta del cuerpo y los brazos. Echando una mirada sobre el estado del globo se convenció de que sería imposible llegar a las alturas en la orilla opuesta del mar. A sus plantas se extendía la superficie del océano. Temeroso buscaba a sus compañeros. Torm no aparecía por ninguna parte. Pero de pronto vio Grunthe moverse algo debajo de una cesta rota y de un montón de cobertores, luego asomar una cabeza adornada de oscuro cabello rizado: era Saltner, que iba también recobrando los sentidos. No tenía idea del estado en que se encontraba el globo y trataba de librarse de tan molesta posición. Grunthe conoció el peligro que amenazaba a su compañero; cada nuevo movimiento podía causar una caída mortal.

—¡Quieto! —le gritó—. ¡Estese completamente quieto! La barquilla zozobra... ¡agárrese bien!

—¡Caramba! —gruñía el otro debajo de los cobertores—. ¡Cualquiera puede estarse quieto sentado en una botella de champagne hecha pedazos! ¡Si nos hubiéramos bebido todo de una vez y tirado los cascós...!

Con estas palabras se echó fuertemente de lado, pero comenzó a rodar en seguida...

Grunthe lanzó un grito de terror. Veía a su compañero suspenso en el borde de la barquilla. Saltner movía los brazos en el aire, sin hallar apoyo alguno; su cuerpo pendía enganchado en el lazo de una cuerda... En esta terrible posición, con la cabeza colgada, se quedó Saltner a una altura de más de mil metros suspendido sobre las olas del océano glacial.



En la excitación del momento, y sosteniéndose con ambas manos, hizo con esfuerzo Grunthe una evolución que logró arrancar el pie de debajo del ancla. Sin cuidarse del dolor, con la celeridad posible, aunque muy cuidadosamente, se deslizó por los cables de la barquilla hacia donde estaba Saltner. Buscaba una cuerda para aproximársela y volverlo a subir a la barquilla. Pero ¿dónde encontrar un cable a propósito en este enredo de cuerdas? Vio pender un ancho lazo. Lo puso en movimiento, tiró de él y por fin logró hacerlo llegar cerca de Saltner.

Por fortuna, éste no perdió ni un momento su presencia de ánimo; al ver el cable al alcance de sus manos lo asió, logró sostenerse con él e hizo por subir a la barquilla. Ya estaba otra vez en posición vertical y, asiendo el cable con ambas manos por lo alto, zafó los pies del lazo que los tenía cogidos y se sentó en el borde de la góndola. De repente sonó un fuerte crujido por encima de él; el cable que tenía entre las manos era parte de la cuerda de remolque enrollada en el globo, y soltándose ahora la punta libre, comenzaba a deslizarse para abajo. Apenas tuvo tiempo de afianzarse contra la barquilla y la cuerda cayó zumbando en toda su extensión. Al resbalar sobre el globo se enredó con la cuerda desgarradora, arrastrándola consigo. Funcionó el aparato. Se abrió ancha brecha en la envoltura; silbando escapaba el gas; el globo daba vueltas sobre su eje y comenzó a caer con velocidad pasmosa.

—¡Al anillo! —gritó Grunthe—. ¡Tratemos de cortar la barquilla!

—Pero ¿dónde está Torm? —gritó Saltner.

Llaman, gritan, buscan... Torm no parece. Es posible, sin embargo, que se halle aún en la barquilla... Por lo tanto, no debían desprenderla del globo; tampoco podían seguir buscando.

—¡Al paracaídas! ¡al paracaídas! —vuelve a gritar Grunthe.

—¡Perdido!

El globo cae desplomado.

Un golpe, espumas y saltar del agua... El mar se cierra sobre la barquilla y se traga a la tripulación.

Hinchada cual gigantesca tortuga, flota la envoltura del globo sobre las aguas, sepultando a los expedicionarios bajo su peso.

V. EN LA ISLA ARTIFICIAL

POR LAS ANCHAS VENTANAS DE UN AMPLIO GABINETE, DECORADO AL ESTILO DE los marcianos, penetraba la suave luz del día polar. En el techo se extendían innumerables cintas metálicas que formaban en conjunto un bellissimo dibujo. En el centro se unían en un rosetón y éste irradiaba alambres en gran cantidad que terminaban en un estante de forma de armario colocado sobre una amplia mesa redonda. Estaba provisto en su parte exterior de múltiples llaves y manecillas formadas en varias hileras; inscripciones sobre cada una de ellas indicaban el uso a que se destinaban. La pared, al frente de las ventanas, estaba cubierta a ambos lados de la ancha puerta central con repisas talladas que guardaban una voluminosa biblioteca. El espacio libre por encima de ellas lo adornaban pinturas que representaban paisajes de Marte. Pero se creería estar mirando al través de infinidad de aberturas representaciones plásticas de la naturaleza misma. Los colores estaban graduados con intensidad tal que causaban la impresión de una realidad perfecta. Se veían allí en un paisaje los reflejos de los rayos solares producidos sobre un suelo pantanoso centelleantes como brillantes estrellas y, no obstante, se distinguían con claridad en la penumbra de la gigantesca arboleda las variaciones de los matices más suaves. Sobre el marco de la puerta brillaba de tamaño natural el busto del inmortal *Imm*, filósofo marciano que había revelado a su planeta la doctrina de la «numenidad».



Del lado de las ventanas florecían extrañas plantas. La más notable era la llamada «ro-wa», la flor bailarina, planta semejante al lirio, sólo que su larga vara iba continuamente meciéndose de aquí para allá con movimientos serpentinos y dejaba percibir al mismo tiempo un suave trinar como melodioso gorjeo de pájaros. Entre estas mesas había, de un lado, una máquina de escribir y, del otro, un aparato dedicado a resolver los problemas más difíciles de las matemáticas.

Las ventanas llegaban hasta el suelo de la habitación. Parecían, sin embargo, estar revestidas con un tapiz hasta la altura de un metro, pero este tapiz relumbraba con resplandores verdes oscuros y se mecía suavemente de arriba a abajo, y a veces brillaban en él peces de tamaños mayores y menores, golpeando con sus cabezas contra los cristales. Era el mar, que se asomaba al interior de la estancia. El cuarto se hallaba en la parte exterior de la isla que habían vislumbrado en el Polo Norte los infelices expedicionarios capitaneados por Torm.

Pero esta colonia de los marcianos no estaba sobre una isla natural. Habían construido en el mar interior del Polo un islote artificial, mejor dicho, una balsa

flotante de grandes dimensiones, que debía soportar el campo de los inmensos electroimanes que servían para balancear la estación exterior y establecer por medio de ella el campo abar. En el interior de la balsa gigante, construida en forma anular, estaban las maquinarias y los aparatos, mientras que la parte exterior servía de habitaciones y de almacenes para las provisiones y herramientas que iban acumulando allí los marcianos, preparando así la conquista de la Tierra desde el Polo Norte.

Por la escalera, que conducía desde el tejado de la isla al corredor y a las habitaciones vecinas, bajaba una figura femenina. Apoyándose en el barandal se movía penosamente, como oprimida bajo un peso enorme. Dolorosamente se encogía cada vez que tocaba con el pie el escalón siguiente. Siguió con la misma penosa dificultad por el corredor, asiéndose igualmente con ambas manos a una de las barandillas que lo guarnecían. Llegando a la puerta de la habitación la tocó y en seguida la puerta se enrolló en sí misma sin producir el menor ruido. Tras de ella volvió a cerrarse la puerta silenciosamente y sin ayuda alguna.

Entonces cambió de pronto la actitud de la persona. Se enderezó ágil y robusta. Con agradable movimiento irguió la cabeza y respiró varias veces profundamente. Resbaló algunos pasos por la estancia, no ya inclinada y penosamente, sino como flotando, y en actitud graciosa salvó el trecho que la separaba de la mesa. Allí observó la esfera que indicaba la presión en el cuarto y el alegre destello que pasó por sus ojos reveló su contento. Corrigió levemente la manecilla que servía para regularizar la gravedad reinante en la habitación. Un ramal del campo abar permitía a los isleños adaptar sus habitaciones a las condiciones de gravedad necesarias a su constitución. La gravedad en Marte es una tercera parte de la gravedad en nuestra Tierra⁷.

Con suave movimiento se quitó en seguida la capa que cubría sus hombros y cuidadosamente la tiró a lo alto desde el punto en donde se hallaba. Desató la toquilla que traía a la cabeza y la soltó igualmente al aire, sin darle rumbo fijo. Al llegar a los guantes oprimió un botoncito y alzó levemente las manos con los dedos abiertos: solos se zafaron y subieron al aire. Todos los objetos tirados para arriba volaban hacia un rincón de la habitación, abrían una plaquita y se deslizaban por detrás de la pared en busca de sus sitios correspondientes, mientras la placa volvía a cerrarse. Estaban todos forrados con un tejido descubierto por los marcianos que tenía la propiedad de ser atraído lo mismo que el hierro por el imán, aunque en grado infinitamente mayor, por un aparato construido al efecto. La fuerza de atracción comenzaba a funcionar en el momento de abrirse el cierre que sujetaba las prendas al cuerpo. Dada la escasa gravedad que reinaba en la habitación bastaba echar los objetos con leve empuje a lo alto y el guardarropa automático se encargaba del resto. Los marcianos se ahorraban así el trabajo de guardar

⁷ La aceleración de la gravedad en la superficie de Marte es de 3.71 m/s^2 , mientras que en la Tierra es de 9.81 m/s^2 , con lo que el peso de un objeto en Marte es apenas el 37.8% de su peso en la Tierra.

sus cosas en orden. La construcción de los diferentes orificios por que pasaban las prendas mientras resbalaban al interior del guardarropa las dejaba automáticamente cepilladas y colocadas cada una en su departamento correspondiente para volver a estar a la mano en cuanto hicieran falta.

Sin cuidarse más de las prendas quitadas se aproximó la dama a la biblioteca y sacó un libro, cogiéndolo por el mango. Se trasladó al sofá y se recostó en posición cómoda.

Era *Lá*, hija del ingeniero *Frú*, director de la estación externa. De vivir sobre la Tierra su edad hubiera tenido que calcularse en más de cuarenta años; pero como habitante de Marte, donde los años son del doble largo que los de nuestra Tierra⁸, apenas contaba unas veinte primaveras y se hallaba en la flor de la juventud. Se densa cabellera, atada en un nudo, era de un color difícil de encontrar en la Tierra: era un rubio claro, con ciertos vagos reflejos de rojo y parecido en algo a la rosa de té. Con una finura maravillosa se alzaba como una corona sobre el blanquísimo y fino cutis e iluminaba las delicadas facciones de la cara. Los grandes ojos, peculiares a todos los marcianos, cambiaban, según la iluminación, desde un castaño claro hasta un negro profundo. Como son tan grandes las diferencias de claridad que reinan en Marte sus habitantes están dotados de una extensísima aptitud de acomodación y en escasa luz dilatan sus pupilas hasta llegar al borde de los párpados. Con esto adquiere el juego de las facciones una viveza sorprendente y nada solía atraer tanto a los hombres hacia los marcianos, una vez que los conocieron, como el expresivo mirar de sus ojos potentes. En ellos se reflejaba la inmensa superioridad de estos seres que gozaban de una cultura tan infinitamente elevada.

Los largos pliegues de un blanco velo envolvían cual leve nube toda la figura dejando al descubierto tan sólo los nobles contornos del cuello y la extremidad de los brazos. Por debajo se vislumbraban las formas del cuerpo como cubiertas de brillante acero, pues en realidad consistía la ceñida vestimenta en una tela metálica que, no obstante amoldarse cómodamente a cada movimiento y ceder al impulso más leve, formaba una armadura de la mayor resistencia.

El libro que tomó *Lá* de la biblioteca tenía, como todos los libros de los marcianos, la forma de una pizarra grande, y se sostenía como un abanico asido del mango, de suerte que la parte larga quedara para abajo. Una simple presión con el dedo sobre la empuñadura hacía abrirse el libro, desdoblándose para arriba, y conforme se iba oprimiendo seguían las hojas caminando en el mismo sentido, de abajo a arriba. De esta manera se necesitaba una sola mano para tener el libro, hojearlo y sujetar la hoja deseada.

⁸ El periodo de rotación de Marte alrededor del Sol es de 687 días, así que su año dura como 1.88 de los terrestres.



Lá parecía tener poca prisa. Absorta en sus pensamientos dejaba el libro cerrado asido con la mano, que colgaba negligentemente. Transcurrido algún tiempo comenzó a mover los labios y a proferir sonidos en voz baja, que al parecer le costaba bastante trabajo pronunciar. A veces se reía quedo cuando una de las palabras inusitadas no quería pasar por sus labios; a veces también corría una momentánea expresión de impaciencia por sus hermosas facciones. Estaba repasando una lección. Pero de pronto se detuvo sin poder seguir adelante. Entonces dijo entre sí:

—¡Vaya con el lenguaje de estos *kalalek*!

Levantó la mano con el libro e hizo girar las hojas con gran velocidad hasta llegar al punto deseado.

Contenía el tomo un compendio de todo lo que habían podido coleccionar los marcianos hasta entonces sobre las costumbres e idioma de los esquimales. Con ayuda de una familia de éstos que habían encontrado y mantenían en su estación lograron investigar el lenguaje esquimal. De algunas palabras hasta llegaron a conocer la manera de representarlas en caracteres de imprenta latinos; el menor de los esquimales había vivido durante algún tiempo en una estación de misioneros en Groenlandia y poseía una traducción del Nuevo Testamento en groenlandés⁹, que sabía deletrear. *Lá* estudiaba la gramática y el diccionario de los esquimales o *kalalek*.

Después de recitar algunas otras palabras y frases se le ocurrió saber si realmente daba con la pronunciación correcta. El examen era fácil. Necesitaba únicamente, colocar la placa receptora del gramófono sobre el lugar correspondiente del libro para oír el verdadero sonido, porque el tomo contenía también los fonogramas tomados directamente de las palabras pronunciadas por el esquimal. Pero el gramófono que reproducía los fonogramas se hallaba en el armazón sobre la mesa y *Lá* hubiera tenido que levantarse. Esto le causaba demasiada molestia.

—¡Vamos! —pensó—. ¡Qué mal arreglado está el mundo! ¡Que no se haya llegado todavía a descubrir la manera de hacer venir el gramófono cuando se necesita!

Pero no vino el aparato. *Lá* se quedó recostada y se contentó con depositar el libro sobre una mesita a su lado.

—Realmente —siguió desgranando sus pensamientos—, me parece altamente inútil tomarse tanto trabajo con este idioma esquimal. Los esquimales son una triste gentecilla y su olor a aceite de pescado, insufrible. La Tierra, en su gran extensión, estará seguramente habitada también por seres más finos que hablarán con toda probabilidad un idioma distinto. Hasta nuestro joven *kalalek* sabe hablar con admiración de la sabiduría de los piadosos padres que le regalaron ese libro de tan extraña escritura. Si halláramos una oportunidad de relacionarnos con esa clase de gente merecería tal vez la pena. ¿Qué globo pasaría hoy por la isla, desapareciendo luego en las alturas? Ciertamente no estaría tripulado por esquimales. ¿Qué habrá sido de los aeronautas?

Lá alzó la vista. Con suave golpe acababa de caer la placa del teléfono colocado en la pared.

—¿Eres tú, *Lá*? —interrogó una voz femenina en el bajo tono de los marcianos.

—Presente —contestó *Lá* con voz profunda y dilatada—. ¿Eres *Sé*?

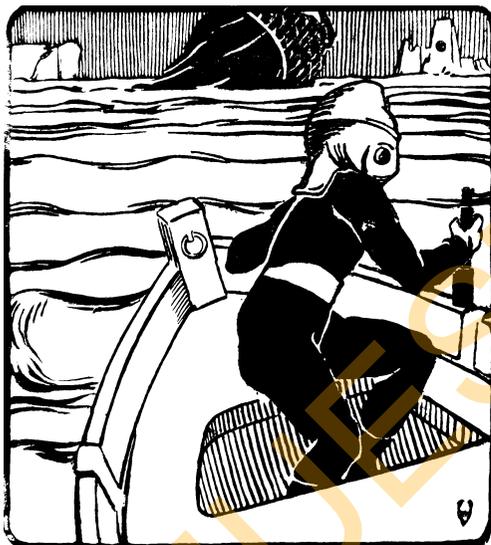
—Sí, soy yo. *Hil* te suplica que vengas en seguida al cuarto de huéspedes número veinte.

⁹ Quizá Lasswitz se refiera al misionero y lingüista germanodanés Samuel Kleinschmidt (1814-1886) quien, efectivamente, publicó una gramática y ortografía del groenlandés en 1851, idioma al que tradujo parte de la Biblia. El groenlandés sigue siendo el idioma oficial de Groenlandia y es hablado por unas 54 000 personas.

- ¡Vuelta otra vez a la gravedad! ¿Qué pasa?
 —Algo extraordinario, ya lo verás.
 —¿Tendremos que salir fuera?
 —No. El abrigo no hace falta. Pero ¡ven en seguida!
 La placa del teléfono se cerró.

Lá se levantó y se deslizó airosa hasta la puerta. Abrió suspirando levemente, porque no le gustaba atravesar los corredores donde reinaba la gravedad de la Tierra, que le obligaba a irse arrastrando encorvada trabajosamente.

Sin embargo, tenía curiosidad de conocer la novedad ocurrida en la isla. ¿Habrían llegado huéspedes de Marte? ¿Habría vuelto a aparecer el globo?



Al caer el globo destrozado al océano los marcianos tripularon su lancha pescadora que solía servirles para la exploración del mar interior del Polo. Una hélice impulsada por acumuladores la impelía con velocidad extraordinaria. Seis marcianos, bajo la dirección del ingeniero *Tó*, habían tomado asiento; iba entre éstos *Hil*, el médico de la estación. Todos llevaban la cabeza cubierta con un casco en forma de yelmo, que les hacía más fáciles los movimientos en el aire y les servía al mismo tiempo de escafandra para bucear. Estaban construi-

dos con una materia diabar, es decir, falta de gravedad, y por eso no tenían peso. Al mismo tiempo contenían en la parte alta un espacio vacío de alguna consideración, de suerte que ejercían una atracción, aunque reducida, hacia arriba. Sin embargo, bastaba a reducir el peso de la cabeza lo suficiente para descargar los músculos de la nuca y permitir a los marcianos el movimiento del cuello casi con la misma libertad que en Marte, aunque en las demás partes se sintieran oprimidos por la inusitada pesadez del cuerpo. Por esto mismo usaban trajes de buzo, para trasladar así, en lo posible, toda clase de trabajo pesado al agua. El impulso del líquido les quitaba, naturalmente, la carga de su peso corporal.

La lancha iba aproximándose con rapidez al globo, que se seguía manteniendo a flote gracias a los vestigios de gas hidrógeno que conservaba y al aire acumulado por debajo. Para llegar a la barquilla, envuelta entre los pliegues de la seda del globo, se sumergieron los marcianos y penetraron en el agua debajo del globo. En seguida hallaron a los dos hombres y apresuradamente los trasladaron a la lan-

cha. Entonces soltaron las amarras de la barquilla y llevaron su contenido igualmente a bordo. Todo lo restante lo abandonaron por el momento, pues les urgía trasladar a los hombres a la isla.

Saltner y Grunthe, aparte de la herida que este último se causara en el pie antes de la caída, no habían sufrido ningún daño, pero no pudieron salir del agua. Ninguno de los dos daba señales de vida. Entretanto comenzaron los marcianos, bajo la dirección del médico, toda clase de ensayos de reanimación, pero al parecer sin resultado alguno.

—Ahora —dijo *Tó*— que tenemos por fin unos verdaderos *bate* que no son *kalalek*, un par de civilizados habitantes de la Tierra, deben de estar muertos los pobrecitos.

—¡Esperemos todavía! —replicó un marciano—. El cuerpo está aún caliente. Tal vez tengan los *bate* una vida dura.

—Sería una fortuna grande —volvió a decir *Tó*— si lográramos salvarlos. Aparte de ser gente valiente deben de ser hombres sobresalientes de su pueblo; de otra manera, no los hubieran escogido para esta extraña empresa.

—Yo ignoraba —dijo uno— que los *bate* tuvieran vehículos aéreos.

—Esta clase de globos han sido observados ya con frecuencia —contestó *Tó*—, pero no se sabía con seguridad a qué fines servían, ni que los mismos *bate* se elevaran en ellos. Siempre creí que los empleaban para elevar o arrastrar cargas sobre la tierra. Sea como fuere, lo principal para nosotros es conseguir de esta gente noticias exactas sobre las regiones civilizadas de la Tierra. Todos nuestros planes adelantarían muchísimo. ¡Apure usted toda su ciencia, *Hil*!

El médico no contestó. Concentraba su atención en los esfuerzos para volver a establecer la respiración de los ahogados.

Por fin se levantó.

—¡Dé usted toda la corriente! —gritó a *Tó*—. Hay ligeras esperanzas, pero aquí al aire libre no los salvamos. Dentro de un minuto debemos estar en el laboratorio.

La lancha cruzó volando las aguas, llegó a la isla en diez segundos, penetró al interior del puerto. Un momento después eran levantados y trasladados al laboratorio ambas víctimas. El trabajo no era fácil. Cada hombre tenía para los marcianos, en relación con su capacidad de levantar cargas, un peso que equivale a cinco quintales¹⁰ para nosotros. Podían haber usado las grúas, pero hubieran tardado demasiado; además, importaba solamente alzarlos por encima del dintel de la puerta; después funcionaba el campo abar y el transporte ya no ofrecía dificultad alguna.

Hil comenzó en seguida el tratamiento, empleando todos los recursos de la medicina marciana. Poseía algunas experiencias obtenidas en estudio de los esqui-males; conocía las diferencias en el funcionamiento de los órganos entre hombres y marcianos, las cuáles además no son tan notables como pudiera creerse. A la

¹⁰ Un quintal, que aún se usa en muchos países de Hispanoamérica, equivale a 46 kg.

penetrante perspicacia del marciano bastaba con las conclusiones que podía sacar de la experiencia adquirida para acertar con la verdad.

Entretanto, todos los isleños que se hallaban libres de trabajos importantes se interesaban vivamente por los hombres hallados. En la antesala de la enfermería había un continuo ir, venir y preguntar. Las placas de los teléfonos subían y bajaban, pero aún no se podía saber nada cierto.

Finalmente, transcurrida media hora de cansado trabajo, rompió *Hil* el silencio. Se dirigió al director de la estación que, de pie a su lado, miraba atentamente los extraños seres extendidos delante de él como si fuesen cadáveres y dijo:

—Vivirán.

—¡Ah!

—Pero dudo que podamos reanimarlos aquí. Hay que trasladarlos a proporciones correspondientes a sus costumbres biológicas. Ante todo, no hay que suprimirles la gravedad y creo también que la temperatura de la habitación debe elevarse.

—Bueno —contestó *Rá*—. Tenemos cuartos suficientes, podemos colocarlos en el lado exterior junto a nuestras habitaciones. Al momento daré las órdenes necesarias.

Rá pasó a la antesala y al momento de comunicar la opinión del médico a los allí presentes se esparció la grata nueva por toda la isla. Los *bate*, que no eran esquimales, formaban el asunto de todas las conversaciones, aunque eran pocos los marcianos que los habían visto. Sin embargo, los marcianos, con su trato finísimo, no se hubieran atrevido nunca a penetrar en las habitaciones de los enfermos meramente para satisfacer su curiosidad. No entraba más que aquél que tuviera algo que hacer cerca de los hombres.

Los dos salvados fueron separados y trasladados cada uno a una habitación adecuada, donde se quedaron reposando en la tranquilidad más absoluta.

Largas horas estuvieron sumidos en profundo sueño.



IX. LOS HUÉSPEDES DE LOS MARCIANOS

SALTNER, AL DESPERTAR POR SEGUNDA VEZ, SE SORPRENDIÓ NO POCO DE HALLAR nuevamente cambiado por completo cuanto le rodeaba. La habitación estaba oscura, pero el techo relumbraba con luz gris mate, de modo que podía distinguir los objetos que le rodeaban. Notó en seguida que le habían trasladado a un cuarto distinto; no tenía ventanas ni se escuchaba en él el rumor del mar. En cambio, vio cerca de su cama diversas cestas y paquetes, en los cuales creyó conocer una parte del contenido de la barquilla del globo naufragado. ¡Si hubiera un poco más de claridad! Pero ¿cómo encender luz?

Comenzó alzando un brazo con precaución para no volver a dar saltos involuntarios y, cuando creyó encontrarse bajo las circunstancias normales de la atracción terrestre, se sentó de repente en la orilla del lecho. Y ¡qué sorpresa! Al momento de tocar sus pies contra el suelo se iluminó la habitación. En el techo se había abierto una ancha claraboya por la que penetraban los alegres rayos del sol, apenas contenidos por un ligero transparente. Vio que, en efecto, tenía a la vista casi todos los objetos propiedad de la expedición; también encontró sus vestidos cuidadosamente secados y cepillados y en el suelo yacía su *alpenstock*²⁴, que había llevado para eventuales caminatas por los hielos del Polo Norte. Se levantó, a los primeros pasos ensayados sobre la mullida alfombra sintió que se hallaba otra vez bien y con fuerzas. Descorrió una colgadura hacia la izquierda y vio algunos utensilios que le parecieron muy extraños, pero que permitían adivinar un aparato de baño, y los demás objetos pertenecientes al tocador del marciano. Antes de atreverse a usar aquellos objetos desconocidos registró primeramente el resto del espacioso cuarto. En el centro de la pared, frente a la cama, se veía una ancha puerta que, por lo pronto, no se atrevió a abrir. Volvióse sobre la derecha y observó que

²⁴ Un *alpenstock* (a veces traducido al español como «pasamontañas», aunque en una acepción diferente a la actualmente habitual, de prenda de abrigo que cubre el rostro) era una especie de vara larga acabada en una punta de hierro usada para atravesar glaciares y ventisqueros. Es el predecesor del actual piolet.

los tableros del tabique lateral contenían igualmente una puerta que estaba sin cerrar. Conducía a un gabinete oscuro. Al estar Saltner tratando de investigar el mecanismo desconocido se enrolló la puerta y dejó penetrar mayor claridad al cuarto. Vio en la pared del frente una cama igual a la suya y con inmensa alegría conoció a Grunthe, que yacía en sueño tranquilo.

—Buenos días, doctor —exclamó en seguida—. ¿Cómo andamos?

Grunthe abrió los ojos lleno de sorpresa.

—¿Saltner? —preguntó.

—Aquí estamos, sanos y salvos, ¡quién lo creyera! Pero el pobre Torm, ¡nadie sabe dar razón de él!

—¿Y sabe usted en dónde nos hallamos? —preguntó Grunthe espabilándose en seguida.

—Lo sé, pero probablemente no querrá usted creerlo. ¿O por fortuna habló usted ya con el bravo de *Hil* o con la hermosa *Sé*?

—Estamos en poder de los *nume* —dijo Grunthe sombrío—. ¿Estamos solos?

—Eso creo; pero ¡el diablo que se fíe de estas mecánicas!... ¡Quién sabe si por algún lado nos estarán oyendo y viendo lo que pasa aquí o si algún fonógrafo secreto estará formando un protocolo de cada palabra pronunciada por nosotros! Vaya, el alemán no lo entienden, por lo pronto.

—¿Qué hora es? ¿cuánto tiempo estuve sin sentido?

—¡Quién lo sabe! Yo creo que aquí no existe tiempo alguno.

—Bueno, ya podrá determinarse cuando volvamos a ver el cielo —dijo Grunthe—. ¿Cómo se enciende la luz?

—Sírvase usted pisar el suelo delante de su cama y será de día. Estamos en el país de la servidumbre automática.

—No puedo hacerlo, querido amigo; tengo un pie herido...

—¡Cómo!... ¿será...? Déjeme ver...

—No es nada, ya estoy vendado; pero por lo pronto tengo que guardar cama.

Saltner se había acercado entretanto a la cama de Grunthe y, al pisar la alfombrita al pie de la misma, abrióse la claraboya del techo.

—Ya lo ve usted —exclamó Saltner—; con el tiempo se aprenden estas triquiñuelas. También aprendí algunas palabras marcianas y en seguida encargaré un almuerzo para usted. Permítame solamente que antes me arregle un poco.

Dirigióse rápidamente a la alcoba destinada sin duda a tocador y se paró reflexionando delante de los aparatos.

—Esto me parece una tina de baño —dijo mientras Grunthe iba enterándose de su soliloquio—, pero no contiene agua. Y esto representará un lavamanos. Pero aquí hay tres manecillas diferentes y cada una lleva su inscripción... sólo que no las entiendo. No doy con ello. Vaya, le daremos a la manecilla; tal vez salga agua.

Cautelosamente movió una clavija, creyendo que de una manera u otra se llenaría de agua el receptáculo colocado debajo. Pero antes de darse cuenta saltó

éste fuera se abrió en forma de abanico y formó una mesa, propinando a Grunthe un golpe en el estómago. Profiriendo una exclamación de sorpresa saltó atrás, pero tropezando volvió a ser lanzado para adelante, pues al mismo tiempo acababa de salir del piso a sus espaldas un sillón. Repuesto ya del primer susto palpó la mesita y el sillón y, hallando ambos fuertes, se sentó cómodamente.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Grunthe desde la cama.

—No era agua —dijo Saltner—. Ensayemos ahora la segunda clavija.

Apresuradamente saltó de la silla, pensando que la segunda manecilla podría muy bien servir para hacer desaparecer ambos muebles y, por si acaso, quiso primero ponerse a salvo. Mas lo que le sucedió fue que recibió un golpe en la mano al abrirse un cajón movido por invisibles resortes. El cajón contenía algunas boquillas que, como sabía Saltner, servían a los marcianos para beber. Ahora notó también tres aberturas que había quedado al descubierto y parecían propósito para ajustar en ellas las boquillas.

—¡Alto! —dijo Saltner—; aquí hay algo que beber. Pero esperemos todavía un poco.

Movió la tercera clavija y apareció una amplia bandeja, sobre la cual empezaron a caer desde un tubito por encima de ella unos objetos rojizos del grueso de un dedo y parecidos a pequeños chorizos.

—¡De manera que esto es una mesa de comer y no un tocador! —exclamó Saltner riéndose, probando en seguida los apetitosos y perfumados embutidos.

Eran muy sabrosos y parecían algo así como croquetas rellenas de sabrosa carne picada; a lo menos, por tales las tomó Saltner. Pero, mientras comía las primeras, el aparato seguía funcionando y una tras otra iban cayendo sobre la bandeja, que pronto quedó completamente llena. «Esto es demasiado», pensó Saltner, y trató de encontrar la manera de parar la corriente de la milagrosa fuente alimenticia. Pero ¡inútil esfuerzo! La clavija no se movía hacia atrás... Saltner ignoraba que al efecto había que parar primero el movimiento automático haciendo girar la bandeja. Y, como no hallara otra llave, seguía cayendo una cascada continua de croquetas sobre la bandeja, caían de ésta sobre la mesa y de allí al suelo, comenzando a formar un montón respetable. Desesperado corría Saltner de un lado al otro, pero no halló medio alguno: no quiso tapan el tubo a viva fuerza; finalmente, pensó que alguna vez llegarían a agotarse las existencias. Tratando de quitar las piezas de la bandeja para llevar algunas a Grunthe notó que giraba y, de repente, paró la lluvia de comestibles.



Recogidas las cantidades del delicioso comestible esparcidas por el suelo, y dejando solamente algunas croquetas sobre la mesa, las llevó a la habitación de Grunthe, que no pudo reprimir una sonrisa al ver esta manipulación y la expresión tragicómica del semblante de su compañero. Saltner guardó todo dentro de una de las cestas vacías de la expedición, pues los marcianos habían llevado al cuarto de Grunthe también una parte de los objetos salvados.

—¿Por qué no deja usted eso en el suelo? —preguntó Grunthe.

—¡Imposible! Quedaría en ridículo delante de las señoras, que me llamarían un *bat* tonto. Tengo verdaderos deseos de almorzar; pero antes quiero ver dónde podré encontrar agua para lavarme.

Movió, una por una, varias clavijas sin hallar lo que buscaba. Ahora se abría la puerta de un armario presentando a su vista utensilios desconocidos, ahora se iban iluminando lámparas en diferentes partes del cuarto. Luego apareció una fuente en forma de palangana y creyó haber dado con lo que buscaba; pero asustado se echó para atrás al notar que comenzaba a calentarse. Finalmente, se abrió el piso en un rincón de la habitación y apareció una pila de escasa profundidad: un chorro brotaba del centro. Con cautela se convenció Saltner de que realmente era agua, y contentísimo vio confirmada su suposición. Con ayuda de sus efectos de viaje completó su *toilette* y tomó asiento en la mesita.

Se le hacía extraño ver ésta tan vacía, desprovista de copas y tazas, sin cucharas ni cuchillos. Los pasteles, a lo menos, hubiera querido colocarlos en un plato, y volvió a pasear la mirada por la estancia en busca de alguno. Notó un espejo de grandes dimensiones y, a su lado, un estante cubierto de relumbrantes discos, que tomó por fuentes de plata. Alcanzó una y puso los pasteles sobre ésta. Luego probó la bebida que suministraban liberalmente los agujeros sobre la mesita después de colocadas las boquillas. Eran dos líquidos fríos y uno caliente. Este le pareció chocolate y aquéllos vino y agua de Seltz, aunque en realidad se diferenciaban bastante en el sabor de esa clase de bebidas terrestres. El calificado chocolate, en particular, tenía un extraño sabor grasiento.

Nuevamente refrigerado y vestido con un elegante traje de viaje pasó a la habitación de Grunthe y dijo:

—Ahora estoy dispuesto a seguir nuestra exploración polar; espero que pronto pueda usted acompañarme también. Pero, antes de consultar lo que debemos hacer, voy a ver si logro traerle alguna bebida. Debe usted de tener una sed espantosa.

—Muchas gracias —contestó Grunthe riéndose—; vea usted lo que tengo—. Y mostró la boquilla de un tubo que pendía de lo alto y terminaba a un lado de su cabeza. —Y aquí —siguió— pruebe usted este pastel, o lo que sea. Aunque no tengo idea alguna de su sabor, me siento admirablemente fortalecido. De no impedírmelo el pie me levantaba en el acto.

—¡Caramba, eso me agrada! ¿Cómo dio usted con ello? ¿Cómo lo halló usted, si al principio no se encontraba aquí?

—Reflexionando me dije: los marcianos son más sabios que nosotros y probablemente más circunspectos también. Cuando nosotros tenemos un enfermo

que no puede andar, seguramente le llevamos su almuerzo a la cama; y si por alguna razón no queremos ir en persona, se lo enviaremos. Bueno; pues ahora observe usted estos papelitos colgados de aquellos anillos.

—¿Si son letras latinas!

—Ciertamente; son dos palabras en lenguaje esquimal: «Misalukpok» e «Imerpok»; la primera significa «comer» y la segunda «beber».

—Pero ¿por qué no me habrán dejado también rótulos parecidos? Todos los míos están en jeroglíficos que seguramente son marcianos.

—¿Para qué, puesto que usted no entiende el groenlandés?

—¿Y cómo saben los *nume* que usted lo comprende?

—Ayer hablé con una... con alguien de ello.

—¡Mil bombas! Me gana usted, amigo Grunthe. Mas no lo comprendo, ¿cómo pueden saber estas gentes, los señores marcianos, la manera de escribir estas palabras con letras nuestras?

—Tampoco sé nada claro respecto a este particular; pero vea usted que están escritos en letra que imita con exactitud la letra de imprenta latina. Mi diccionario groenlandés ha desaparecido también y de ahí habrán copiado los signos; en cambio, representa un verdadero enigma para mí la manera cómo podrán haber dado en el libro con las palabras justas, pues conocen solamente el sonido del esquimal, pero no los signos impresos.

—Me da miedo pensarlo —dijo Saltner—. Pero *Sé* no deja de ser una buena mujer: ¡estoy perdido por ella! Quisiera saber por qué no se presenta alguna persona, algún *nume* quiero decir, pues parecen cifrar su orgullo en no ser personas humanas.

—También se lo diré, amigo Saltner; ¿usted visitaría a sus huéspedes entre tres y cuatro de la madrugada?

—¿Esa hora es? Hace un momento lo ignoraba usted, y yo creía que en el Polo no existía hora alguna.

—Debe de regir un tiempo convencional. Tienen que fijar algún tiempo para dormir y para tomar alimento. Nosotros, por ejemplo, tenemos en nuestros relojes la hora uniforme aceptada en el centro de Europa y, según ella, son las diez menos cinco minutos de la mañana. Al estrellarse el globo eran cerca de las seis de la tarde, según el tiempo nuestro. Lo único que no sé es si desde entonces acá han pasado dos noches o una, pues esto depende del tiempo que hayamos estado privados del sentido y de la duración de nuestro sueño.

—Lo ignoro igualmente; tampoco sé cuándo nos despertamos por primera vez; usted probablemente un poco después que yo.

—Vaya, eso de la fecha lo podemos fijar luego con la declinación del sol. Acabo de encontrar también mi reloj, ambos relojes, y como coinciden, no se quedaron parados...

—No, tengo la misma hora...

—Sí, pero ¿qué tiempo calculan los marcianos? ¿Ve usted? también me lo dijeron, y por lo tanto sé que ahora duermen y que se levantarán de aquí a un par

de horas. Por eso decía yo que eran de tres a cuatro de la mañana para nuestros marcianos; pero tampoco sé cómo cuentan las horas y de qué manera las designan.

—Pero, doctor, ¿cómo sabe usted la manera que tienen los marcianos de dividir el día, y la hora que suena para ellos?

—¿Podría usted creer, amigo Saltner, que en una alcoba provista con todo el lujo y confort marciano faltara un reloj?

—No vi ninguno, ni usted lo había notado antes.

—Desde entonces lo he descubierto. ¿Ve usted la pintura alrededor de la claraboya? Está dividida en doce veces, doce partes iguales; y aquellas luminosas fajas estrechas que nota usted entre ellas no están fijas, sino que se mueven sobre el anillo. Mientras usted estaba vistiéndose y yo tranquilamente acostado miraba al techo, se me ha ido revelando poco a poco. Ahí tiene usted el reloj de los marcianos.

—Lo miro, pero como si no existiera.

—Yo tampoco puedo descifrarlo. Pero vea usted: tiene dos papelitos pegados que aparentemente no pertenecen al reloj, sino que sirven para hoy nada más, y nos dan una noticia. Uno tiene un ojo cerrado, el otro uno abierto. La solución es fácil: dormir y estar despierto.

—Así es; y esta raya clara...

—Es el horario...

—Me lo figuraba. Aún falta una doceava parte de la circunferencia total del círculo para que llegue al ojo abierto.

—De eso deduzco que faltan aún unas dos horas hasta que comience el despertar de los isleños.

—Diga usted: ¿no le parece extraño que los marcianos dividan el día también en doce horas?

—¿También? ¡Pero si nosotros lo dividimos en veinticuatro!

—Bueno; eso son dos veces doce.

—Que se repita el doce no me extraña lo más mínimo; me extrañaría si fuera distinto. Está en la esencia del número, es decir, en la esencia de la noción en general. Las leyes de la matemática son las leyes del mundo. Doce es tres veces cuatro, el menor de los números que tiene como divisores los primeros tres números dos, tres y cuatro. Todos los seres inteligentes que cultivan las matemáticas pondrán siempre por base de sus divisiones el doce y en seguida el sesenta.

—Pero si nosotros tenemos el diez...

—La antigua astronomía escogió el doce... Doce son los signos que forman el zodiaco; el diez es solamente una recaída poco científica a la representación sensual de los diez dedos de la mano... política de figón²⁵... Pero dejemos esto.

—Como usted quiera —dijo Saltner—. ¿Y qué hacemos ahora? Ante todo, naturalmente, tendrá usted que curarse el pie.

—Me temo —replicó Grunthe— que después tampoco podamos hacer más que lo que los marcianos dispongan. Por lo pronto, nuestra expedición podemos

²⁵ Figón: Casa de poca categoría, donde se guisan y venden cosas de comer (DRAE).

darla por fracasada. Entretanto, tratemos de hacernos cargo de las circunstancias. Haga usted por explorar un poco el terreno.

—Ya estuve reconociendo mi cuarto y no quisiera meterme en nuevas pruebas con otros instrumentos enigmáticos... ¡es tan fácil ponerse en ridículo! Se me figura estar haciendo el papel de un salvaje en un gabinete de física: sólo me falta el atrevimiento de la ignorancia.

—¿Cuántas salidas tenemos?

—Una solamente en cada habitación. No sé abrir la puerta. Creo también que es más prudente esperarnos aquí hasta que nos busquen, en lugar de estar dando vueltas a tontas y a locas.

—¡Tiene usted razón! Lo mejor será que tenga usted la bondad de arreglar un poco nuestras cosas, y si encuentra usted mi diario, le suplico me lo dé. Desde luego debemos tratar de poner a salvo la propiedad particular de Torm y los libros de actas oficiales de la expedición.

—Tengo separado algo —dijo Saltner, poniendo en orden los objetos que los marcianos salvaron de la barquilla y que en parte se hallaban averiados por la caída al mar.

—También me sería muy agradable —siguió— que alguna de nuestras provisiones se hallara en buen estado todavía. No me fío mucho de cómo le puedan sentar a uno estas automáticas salchichas. ¡Mire usted lo que guardaron los señores *nume*! Nos han dejado aquí el estuche con las dos botellas de champagne que en el apuro tiró usted como lastre a la isla. Yo me figuraba que se había hecho añicos, pero parece estar intacto. Sacaré las dos Roederer²⁶ de la caja; ya me da grima el verlas.

—¡Pobre señora Isma! —añadió Saltner, sacando las botellas.

De pronto lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Calle! ¡Entre el forro de la caja hay un paquetito!... ¿Qué será esto?

Y, abriéndolo con cuidado, sacó un librito del tamaño de un calendario de bolsillo.

—Vamos —siguió Saltner—, la señora de Torm nos habrá querido dar un álbum para el viaje. Vea usted lo que es, amigo Grunthe.

—¿A mí qué me importa eso? —exclamó el aludido.

Saltner abrió el librito. Con mucha atención lo hojeó y miró durante un largo rato. Luego dijo, moviendo la cabeza:

—Esto es... es... pero ¿cómo puede ser...?

Contenía el librito un vocabulario del idioma marciano; las palabras estaban transcritas por medio del alfabeto latino; al lado se veía la traducción alemana y el signo de la palabra en la escritura estenográfica de los marcianos.

Por las pocas palabras que conocía, comprendió Saltner la utilidad de su contenido.

²⁶ Roederer es una marca de champagne francés, prestigioso en la época de Lasswitz y que aún sigue existiendo hoy en día, más de 120 años después.



—Dígame usted —preguntó lleno de turbación profunda—, porque siento que se me extravía la razón: ¿cómo puede haber llegado acá este diccionario alemán-marciano? ¿cómo puede existir tal cosa?

Descompuesto y atónito, extendió Grunthe la mano y asió el tomito.

Le bastó una sola mirada. Luego dijo en voz baja:

—Es la letra de Ell.

Pensativo, cerró los ojos. El indescifrable enigma volvía a presentársele... ¿Cómo llegaría Ell al conocimiento del idioma marciano? Y de conocerlo, ¿por qué no hablaría claro? ¿por qué no le daría a él o a Torm el pequeño vocabulario? ¿por qué lo escondió en el estuche, entre las

botellas? Por más que hizo, no halló explicación alguna.

Entretanto, Saltner se había apoderado del librito y combinaba algunas palabras.

Entonces se oyeron risas apagadas y voces marcianas que salían del cuarto contiguo.

Hil acababa de entrar en la habitación de Saltner. *Sé* lo había acompañado hasta la puerta y se divertía infinitamente con el aspecto del desorden causado por Saltner; especialmente le causaba gran risa que para el almuerzo empleara, en lugar de platos, los... peines. Los discos que a Saltner parecieron platos, les servían a los marcianos para arreglarse el cabello; se cargaban eléctricamente y en seguida hacían extenderse el cabello en línea recta.

—¡Qué divertido! —dijo *Sé* riéndose—. Pero no le diremos nada, por ahora, a este pobre «Saltner alemán».

Y pronunciando estas palabras se retiró, porque el cuarto de los *bate* le resultaba demasiado «pesado».

Hil entró en busca de los dos amigos.

XXV. INGLESES Y MARCIANOS

EL CAÑONERO INGLÉS PREVENTION TENÍA ORDEN DE HACER REVISTA EN LO POSIBLE y recorrer los depósitos instalados en el estrecho de Smith⁵² y más al norte para auxilio de la exploración polar. Debía proseguir hasta donde lo permitiera el hielo sin perjuicio para el buque. Su capitán, Keswick, halló las circunstancias bastante favorables. La cuenca de Kane estaba completamente deshelada por el centro y, pudiendo atravesarla con rapidez, el Prevention se internó por el estrecho de Kennedy y avanzó sin dificultad hasta el grado 80.7 de latitud; allí echó anclas en un sitio resguardado y mandó una lancha en busca de un lugar apropiado para establecer un depósito de 3600 raciones. En un pequeño golfo hallaron los ingleses una caverna natural abierta en la roca donde pudieron encontrar seguro albergue las provisiones. Mientras que la mayoría de la tripulación se ocupaba en estos trabajos, el teniente Prims subió en compañía de dos marineros a la pequeña colina que había encima de la caverna, para establecer allí un hito de piedras que sirviera de señal. Desde lo alto de la elevación se descubría una extensa meseta medio cubierta de hielo, de manera que el sitio quedaba visible desde lejos, tanto del mar como de la tierra. La columna de piedra tenía por objeto encerrar los documentos que señalaban la posición de los distintos depósitos repartidos en los alrededores, y por consiguiente debía estar en un sitio fácil de descubrirse por viajeros que llegaran hasta allí. La construcción del monumento estaba adelantada lo suficiente y el oficial pudo depositar en él la caja que contenía los documentos. Los marineros se ocupaban en cerrar la edificación, elevando aún más la columna. El teniente, entretanto, se paseaba por la colina, cuando repentinamente vio a lo lejos unos puntos oscuros y bien pronto conoció que eran unos caribúes, o ciervos polares, que pasaban. Iban caminando en dirección al sur, acercándose al punto donde trabajaban los ingleses. Al momento se agitó la sangre cazadora de Prims; tomó una de las carabinas que llevaban y dijo a su gente que,



⁵² Se denomina estrecho de Smith a la parte sur del largo estrecho de Nares, que separa la gran isla canadiense de Ellesmere, la más septentrional del país, de Groenlandia. A la parte central de Nares se le denomina estrecho de Kennedy. A la zona entre ambos se le denomina cuenca de Kane, por la permanente y relativamente rápida corriente de agua de mar, hielo marino e icebergs que fluye de norte a sur.

concluido el trabajo, le siguieran. Esperaba llegar pronto a hacer un disparo certero y desapareció detrás de unos peñascos.

Los marinos vagaban también por los alrededores en busca de piedras grandes cuando, de repente, vieron un punto negro que se destacaba en el horizonte en la misma dirección que tomara su teniente. El volumen del punto iba aumentando rápidamente. Durante un momento se quedaron inmóviles, la mirada fija en la extraña aparición; después corrieron al hito para coger los fusiles pero, al ver que el enigmático monstruo se les había acercado ya muchísimo, se apoderó de ellos un horrible miedo y prefirieron bajar de la colina lo antes posible buscando el auxilio de sus camaradas. Corriendo por entre los peñascos y volviendo de vez en cuando la cara observando al monstruo, que parecía descender en ancha curva como para llegar al monumento, perdieron el tino y llegaron a una barranca llena de hielo y de rocas. De repente lanzó el que llevaba la delantera un grito agudo; había dado un paso en falso y cayó estrellándose sobre las rocas de la barranca. Su compañero lo vio rodar lleno de espanto y quiso acudir en su ayuda. Agarrándose con las manos trató de deslizarse sobre una roca más baja, cuando notó el brillante cuerpo del monstruo que flotaba sobre él. Poseído de un terrible miedo supersticioso, comenzó a temblarle todo el cuerpo, no pudo sostenerse y también rodó al abismo.

Los cuatro marcianos que iban en la lancha aérea tomada por un ave, al notar la desgracia que causaran, sin culpa alguna, con su aparición, hicieron bajar su embarcación despacio y con precauciones a las profundidades del barranco. Pronto llegaron al sitio donde yacían los cuerpos de los dos infelices y, aunque conocieron que ya se les había escapado la vida, no quisieron dejar los cadáveres en la grieta; y como no pudieran meterlos en el interior de la lancha, los colocaron sobre la red exterior en el fondo de ésta. Entonces ascendieron nuevamente y se dirigieron a la cúspide de la colina. Volvieron a cerciorarse de la muerte de ambos y los colocaron al pie del hito; después llevaron su lancha a un cercano sitio seguro. Dos de los marcianos se quedaron a bordo y los otros volvieron al monumento para examinarlo con detención. La abertura no estaba cerrada todavía y pronto descubrieron la caja, que abrieron, y comenzaron a mirar los documentos, ininteligibles para ellos. Mientras se entretenían en esto volvió el teniente Prims, que no veía la nave aérea desde su punto de mira, ni antes la había notado, entregado como estaba a la caza y al cuidado de no perder el camino. Entonces vio dos hombres vestidos de una manera singular que se habían apoderado de sus papeles y al lado de ellos... horrorizado retrocedió unos pasos... los exánimes cuerpos sangrientos de sus marineros. Creyó tener delante a los asesinos de su gente y alzando el rifle les dio el alto.

Sorprendidos, levantaron los marcianos la vista. Mostrando los cadáveres explicaron al teniente que los habían sacado del barranco, mientras que éste les ordenaba que dejasen los documentos y se rindieran. Como es natural, no se comprendían los unos los otros. Siguió algún cambio de palabras sin que los marcianos

cumplieran la orden de soltar los papeles, y luego sonó el disparo de Prims, perforando el proyectil la caja que tenía uno de los marcianos en la mano. En el acto siguió un segundo disparo, pero la bala no hizo blanco: el marciano había desviado el cuerpo. Al mismo momento cayó el rifle de manos del teniente. No tenía herida alguna, pero su mano estaba inmóvil: el segundo marciano le había paralizado los nervios con su revólver de telelita.

Entretanto terminaron su trabajo los marinos ocupados en guardar las provisiones. Los centinelas dejados en el bote vieron la embarcación aérea, que pronto volvió a desaparecer de su vista cubierta por la altura de las rocas, y dieron aviso a sus compañeros. Acto seguido comenzaron éstos, guiados por un cabo, a escalar la altura cuando sonaron los dos disparos, que les hicieron apretar el paso. Un momento después llegaron a lo alto de la colina, prorrumpiendo en fuerte gritería. Prims, repuesto de su turbación momentánea, echó mano a su revólver con la izquierda y, lanzándose sobre los marcianos, gritó:

—¡A ellos, muchachos! ¡a los asesinos! ¡Prendedlos!

El marciano volvió a levantar su pistola —su compañero no llevaba armas— y el revólver cayó también de manos del oficial: su izquierda quedó inmóvil también. Pero al mismo tiempo recibió el marciano un golpe en la espalda que lo hizo rodar al suelo. Los marinos habían llegado a paso de carga; los marcianos sabían que eran inútiles en un encuentro cuerpo a cuerpo y no siguieron haciendo resistencia alguna. El teniente, indignado y colérico, los mandó atar y los marinos los llevaron al bote haciéndoles caminar a empujones y puñetazos.

Los tiros y gritos llamaron la atención de los dos marcianos que quedaron en la lancha aérea, pero, sabiendo que no podrían llegar a pie oportunamente al sitio del encuentro, hicieron ascender su embarcación a una altura conveniente para observar los acontecimientos. Al ver sus compañeros presos trataron de auxiliarlos con el buque aéreo, pero apenas llegaron a una distancia conveniente los ingleses comenzaron a abrir un fuego de tiro rápido. Las balas penetraban en los costados de *rob* de la embarcación y, aunque no los perforaban, quedaba el peligro de dañarse el delicado mecanismo del timón. Temiendo esto subieron los marcianos hasta una altura donde no les alcanzaran las balas y reflexionaron lo que habría que hacer. Tenían dos rifles de telelita y con estos hubieran podido matar o inutilizar a los marineros desde una distancia segura, liberando luego a sus compañeros. Ahora bien: por una parte, el movimiento del aire no les permitía mantenerse completamente quietos y, por otra parte, sus paisanos estaban en medio de los ingleses y en pleno movimiento, resultando que no podían hacer una puntería segura. Mientras estaban en estas reflexiones sus camaradas fueron colocados en el bote, que se alejó rápidamente de la orilla. Lo siguieron por las alturas y pronto descubrieron el buque de guerra. Al querer llegar a éste, evolucionando rápidamente alrededor de él, notaron con terror que ya no funcionaba bien el aparato del timón. Sólo podían guiar y mover la lancha lentamente y resolvieron en consecuencia regresar cuanto antes a la isla del Polo. En la travesía emplearon

doble tiempo que de costumbre. Una vez en el Polo se habló a la estación exterior, que podía llamar en auxilio a *Ill* con el buque aéreo grande, provisto de cañones de repulsita para defensa y ataque.

El capitán Keswick se quedó pensativo moviendo la cabeza al oír el relato de su teniente, quien no creyó necesario dar explicaciones sobre sus poco afortunados ensayos de cacería. El capitán no podía explicarse bien cómo aquellos dos seres que parecían sostenerse con dificultad pudieran haber roto las duras cabezas de sus marinos; mayor sorpresa le causaba la parálisis en las manos del teniente. Mas para hacer una investigación exacta era menester oír a los extranjeros, quienes no articulaban una sola palabra.

Keswick se acercó a ellos para examinarlos, les habló en inglés y francés y también en chino, únicos idiomas de los que tenía nociones. Evidentemente no le comprendían. Pero por vez primera abrieron sus ojos medio entornados y dirigieron miradas sombrías sobre las ataduras que sujetaban sus manos; en seguida alzaron la vista y clavaron sus claras y penetrantes pupilas en la faz del capitán. La mirada no tenía nada de hostil, pero sí revelaba serio reproche y orgullo inmenso. Involuntariamente retrocedió Keswick y los oficiales y marineros que asistían a la escena se sintieron también presos de un sentimiento inexplicable.

—¡Desatad a esta gente! —ordenó el capitán—. Aquí no hace falta tenerlos atados; y ¡tratadlos bien!

Libres ya de las cuerdas comenzó a hablar el mayor de los marcianos y, aunque el capitán no comprendiera una palabra, tuvo la impresión de hallarse delante de algo extraordinario, inexplicable, nunca visto. Sólo pudo encogerse de hombros y, dirigiéndose a uno de sus oficiales, dijo:

—No quiero resolver solo en este asunto. La aparición de la nave aérea es bastante enigmática. De no haberla visto yo a lo lejos tomaría todo por un cuento. Esta gente no parece ser oriunda de la Tierra. No se les comprende; me los llevaré a Inglaterra. De todos modos, hemos terminado nuestros quehaceres aquí.

El Prevention levó anclas y se encaminó al sur.



Con velocidad pasmosa volaba la aeronave de *Ill* a una altura de doce kilómetros por encima del mar del Norte, encaminándose a las costas de Groenlandia. Al este brillaban relucientes soles secundarios, mientras que el gran astro del día permanecía debajo del horizonte. El vuelo iba al noroeste y el sol naciente no podía alcanzar la nave. Un eterno crepúsculo esclarecía las olas del mar, algo ocultas bajo ligeras nubes blanquecinas que hacían aparecer al océano como una inmensa concha de mármol oscuro con vetas claras y brillantes. Reinaba una calma completa. Sólo se oían el zumbido rítmico del aparato de reacción y el silbido producido por el aire comprimido alrededor de la coraza de *rob* del buque al cortar el aire en rápido vuelo.

—Presión atmosférica, 170 milímetros⁵³ —leyó Ell en su propio barómetro; y echó una mirada pensativa sobre la pared detrás de la cual dormía Isma. *III* en persona había arreglado todo lo mejor posible para el bienestar y la comodidad de la pasajera.

—Duerma usted —había dicho—. Necesita usted reposar. Cuando lleguemos a las latitudes mayores moderaremos nuestro vuelo y descenderemos a las cercanías de la tierra. Entonces la despertaremos.

Envuelta en amplia capa de piel descansaba Isma en su litera. La boca y narices estaban cubiertas con la blanda máscara unida al aparato del oxígeno y ceñía la muñeca de la mano derecha un anillo elástico que transmitía sus pulsaciones sobre un aparato indicador⁵⁴. En el exterior del cuadro que observaba Ell dos esferas graduadas mostraban la marcha, frecuencia y fuerza de la respiración y del pulso.



⁵³ 170 milímetros de mercurio equivalen a 230 milibares, la presión atmosférica a unos 9000 metros de altura.

⁵⁴ El pulsómetro no se inventó hasta la década de los 70s del siglo XX. Aquí Lasswitz se adelanta mucho a su tiempo y es probablemente la primera mención en la historia de la literatura a algo similar.

—Completamente normal —dijo sonriendo *III*, que había seguido la mirada de su sobrino; luego volvió a fijarse en la esfera de orientación.

El aparato de proyección colocado en la parte inferior del buque iba reproduciendo en la esfera el terreno conforme se presentaba.

—Al noroeste comienza a mostrarse la costa —comenzó nuevamente *III*—. Es el territorio que en vuestros mapas lleva el nombre de «Tierra del Rey Guillermo»⁵⁵. Una hora más y habremos cruzado el hielo del continente; entonces descenderemos. Hasta entonces déjala dormir.

—Creo —dijo *Ell*— que encontraremos el buque en el estrecho de Kennedy o en la cuenca de Kane. Tengo curiosidad de saber su nacionalidad.

—Desgraciadamente es nuestro enemigo —dijo *III* con acento grave—, sea quien fuere.

III había dudado durante largo rato si iría primero al Polo para tomar datos concretos o si sería mejor lanzarse en el acto a la busca del barco de guerra. Optó por lo último, pues cada minuto podría ser precioso, podría alargar los sufrimientos de los *nume*, podría poner en peligro su vida. Las noticias que pudiera adquirir en el Polo no estaban en relación con la importancia de esto, ni una indicación exacta del sitio de los acontecimientos podía servirle. Desde éstos habían pasado más de doce horas y el barco podía haber cambiado de lugar en cien kilómetros o más. Desde su buque aéreo podía contar con explorar las vías en aquellos confines en tiempo relativamente corto. La cuestión relativa a la conducta que debería observar en el caso de negársele la entrega pacífica de los marcianos le traía sumamente preocupado. Tenía medios para destruir hasta el barco de guerra más potente, pero nunca podría resolverse a llevar a cabo semejante hecho, a no ser que se lo exigiera la salvación de la propia existencia. De emplear la fuerza tendría que ser de tal manera que posteriormente se hallaran los hombres en estado de utilizar su embarcación para el regreso a su país. Y el mayor miedo de *III* era el pensamiento de que probablemente sería difícil obtener algo de los hombres sin causarles previamente algún daño considerable. La resolución final tenía que dejarla a las circunstancias de momento.

Transcurrida una hora habían pasado el hielo eterno de Groenlandia. Las amplias extensiones del glaciar de Humboldt⁵⁶ se inclinaban, llegando hasta el mar. El buque aéreo moderó su vuelo y comenzó a descender con la rapidez que permitía la consideración debida a los viajeros, que tenían que ir acostumbrándose primero a la mayor presión atmosférica. Llegaron a una altura de 1500 metros.

Suavemente abrió *III* la puerta del camarote donde descansaba Isma y removió la máscara que tapaba el rostro de la dormida. Sorprendida, abrió ésta los ojos,

⁵⁵ Es una isla de Canadá, muy cercana al continente, una de las islas que bordean el famoso paso del noroeste. Cuando el explorador británico James Clark Ross (1800-1862) la descubrió en 1830 pensó que era una península.

⁵⁶ Glaciar situado en el noroeste de Groenlandia que desemboca en el estrecho de Nares.

mirando en torno suyo. Desató el anillo del brazo y le dijo que ahora podía levantarse si lo deseaba. Entonces se retiró y volvió a cerrar la puerta.

A los pocos minutos entró Isma al camarote grande. Sus mejillas estaban coloreadas; algo confusa, dejó vagar su mirada por la estancia.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la costa oeste de Groenlandia, en el grado 80 de latitud norte —contestó Ell ofreciéndole la mano. Ella se dejó caer sobre un asiento y se cubrió la cara con ambas manos. Largo rato estuvo callada.

—Déjeme usted ver —dijo después.

Del camarote se salía a la cubierta. Las ventanas laterales estaban en parte abiertas; podía mirarse al exterior.

Una luz polar de hermosísimos colores y matices cubría el firmamento con sus vibrantes rayos y al noreste comenzaban a nacer las opacas luces del crepúsculo matutino. Allá, a lo lejos, brillaban en vagos reflejos las desgarradas masas del glaciar de Humboldt, que una muralla gigantesca de hielo cortaba sobre el espejo del océano. En el horizonte oeste se levantaba como una pared oscura el mar abierto de la cuenca de Kane.

Largo rato estuvo Isma abismada mirando el grandioso espectáculo.

—¿Aún es de noche? —dijo en son de pregunta—. ¿Qué hora es?

—Según la hora de aquí —contestó Ell— es una hora antes de nuestra partida de Friedau; hemos caminado al oeste. Sin embargo, hace cuatro horas que estamos de viaje. En Friedau serán ahora las ocho de la mañana.

—¡En Friedau! —Isma apretó más los pliegues de su capa—. ¡Y allí abajo los hielos de Groenlandia...!

Por un momento temió que el vértigo se apoderase de ella.

—Venga usted al camarote —dijo *Ill*—. Hasta ahora hay poco que ver allí abajo, pero aún descenderemos más y no seguiremos viajando al oeste. Pronto saldrá el sol y entonces habrá más claridad y más calor; entretanto, cuidemos de sus fuerzas. Aun en las situaciones más extrañas suele ser el desayuno un acto muy recomendable. Ell ha procurado que no carezca usted de su acostumbrado café con leche.

Ell tradujo fácilmente las palabras de su tío.

Una sonrisa vagó por las facciones de Isma.

—Piensa usted en todo —dijo mirando a Ell—, y yo... ¡cuánto no habré olvidado! Espero que Luise haya encontrado mi papel.

—Algo importante se me ha olvidado —dijo Ell a su tío—, y es un libro de señales para el caso de que el buque nos haga señas; pero creo que nos sería imposible contestar a ellas.

—Sí, es una lástima, pero en cambio tenemos una bocina magnífica con la cual podremos entendernos.

Entraron al camarote y, como excepción y en honor a Isma, asistió *Ill* al desayuno, pero contentándose con tomar unos cuantos sorbos de una boquilla

marciana. Entretanto, seguía la marcha de la aeronave sobre el disco de proyección.

Al volver a salir Isma y Ell a la parte descubierta de la embarcación era de día. Con las alas desplegadas flotaba la nave en moderado movimiento, aunque siempre con velocidad de un tren expreso, a una altura de 300 metros sobre el espejo del mar. Se había aproximado a la costa este de la tierra de Grinnell⁵⁷ y seguía ahora el mar abierto en su curso al norte. Isma observaba atenta la costa al través del antejo de relieve que le prestara Ell. Sobre los hielos de la orilla yacían focas tomando el sol; innumerables aves poblaban las rocas; hasta algunos caribúes pudo distinguir en lejano valle. Por todas partes creía ver personas o chozas de esquimales; le parecía que a cada momento debía tropezar con Torm y, solamente poco a poco, fue calmándose. ¡Este aspecto tenía el terreno por donde caminaba él en compañía de sus nuevos amigos! ¿Tendrían éxito?

Una voz dada por el marciano que vigilaba a proa la arrancó de sus pensamientos.



⁵⁷ Se llama tierra de Grinnell a la porción central de la isla de Ellesmere.



XXXVI. EL VIAJE DE SALTNER

SALTNER, QUE PRONTO APRENDIÓ A MANEJAR SU TRINEO DE RUEDA, LO DIRIGIÓ a la casa de *Frú*. ¡Tantas veces había recorrido este mismo camino durante los dos meses de su estancia en Marte que se sabía de memoria la combinación más corta! Aquel día, sin embargo, para seguir el curso de sus pensamientos, había dado largas vueltas por el parque. Otras veces no podía correr con prisa bastante para llegar pronto a casa de *Lá*. Cuando se preocupaba por las relaciones entre Marte y la Tierra *Lá* le proporcionaba consuelo y lo animaba y él sabía que ella no lo estimaba inferior por ser hombre nada más. Ella lo amaba; ella, ¡la *nume*! ¡la grandiosa! ¿No tenía Saltner motivos para ser feliz? Pero aquellas palabras «no olvides que soy una *nume*», que pronunciara cuando miraron juntos para abajo a la Tierra, esas palabras que entonces casi no notó, no se le apartaban ahora de la mente. Aunque no olvidara las palabras, tal vez olvidó su sentido. ¿Habría que recordárselo ahora? ¿Podría atreverse a formular la suplica que ella tendría que negarle? ¿Por qué hacía dos días que no visitaba a *Lá*? Había tenido mucho que hacer, era cierto; la comisión terrestre le había pedido varios testimonios, la señora de Torm

tuvo largas conferencias con él y las cartas para la Tierra lo entretuvieron bastante. Dos veces habló por teléfono a casa de *Lá*, pero en ambas estaba ella ausente. Ni siquiera sabía lo que tanto la ocupaba. Hacía ocho días que se hallaba sola con su madre; *Frú* se había encaminado al Polo para dirigir los preparativos del viaje interplanetario. Durante largo tiempo se estuvo deliberando en el seno de la Comisión Terrestre para designar los ingenieros y capitanes que debían encargarse de la difícil misión en el Polo Sur de la Tierra y, finalmente, aunque no faltaba gente hábil, no se quiso prescindir de *Frú*, quien era uno de los mejores conocedores del planeta vecino. *Frú* se decidió a aceptar la dirección de la expedición. También se trató de que *Lá* lo acompañara. A Saltner le fue muy doloroso oír que tendría que perderla tan pronto y, ahora, al saber que *Lá* había conseguido quedarse en Marte, respiró. Se lisonjeaba de que el principal móvil que la detenía era el amor que ella le profesaba. ¿Pero por qué durante estos últimos días dudaba él tanto? ¿Por qué no tuvo ocasión de verla?

No pudo negarse que estaba celoso. Últimamente, casi siempre al visitar a *Lá* se había encontrado a *Ell* en compañía de ella y, cuando no fue así, *Ell* le había hablado por teléfono. ¡Y cómo trataba a *Ell*! Cada palabra, cada mirada que cruzaban era comprendida al momento y él no podía seguirles el hilo de la conversación; eran dos *nume* que hablaban y se complacían en sus pláticas; dos *nume* que se... No cabía la menor duda: ¿quién no amaba a *Lá* al tratarla con alguna intimidad? Y él, ¿cómo podría compararse con el hijo de Marte, que era un semejante de *Lá* y que, sin embargo, tenía el particular atractivo de la humanidad? Odiaba a *Ell*, lo llamaba traidor a la humanidad y ladrón de su ventura. Y, sin embargo, ¿podría llamarse traidor al que vuelve a su verdadera patria, que una suerte inmerecida le arrebatara? ¿y qué derecho tenía él sobre *Lá*? ¿qué le hacía falta a él? Ella no se retraía, sino que era tan amable con él como siempre; si cabía, hasta más atenta y cariñosa; a cada instante le daba pruebas del cariño que le profesaba. Pero también a *Ell* le demostraba lo mismo. Y esto le hacía daño, lo sublevaba, mientras que ella lo creía natural. Ella era marciana, se lo había anticipado; si la amaba, tenía que tomar en cuenta las costumbres marcianas, y él era un hombre...

Saltner se aproximó a la calle ancha donde vivía *Lá*. Sumido en sus pensamientos no notó un transporte de la compañía de mudanzas que le vino al encuentro. Tuvo justamente el tiempo preciso para desviarse y dejar paso al tren. Era una casa que, colocada sobre anchos patines, era impulsada por una máquina de reacción. Las ventanas estaban cerradas y la casa completamente oscura; los habitantes estarían durmiendo. Al despertar a la mañana siguiente su casa estaría a muchos centenares de kilómetros de distancia. El carril volvió a quedar libre. Iluminada por ambos lados con las anchas fajas de la luz fluorescente yacía la ancha calle delante de Saltner. Un minuto más y su trineo estaría delante de la casa de ella. ¿Podría hablarle todavía? Ya era bastante tarde. ¿Aplazaría su visita para mañana? Él tenía que pedirle un favor urgente, pero ¿y si ella se sentía ofendida por la súplica? No quería ni pensar en que *Lá* también lo rechazara.

Allí estaba la casa vecina: la conocía por las buhardillas, que se alzaban en forma de tulipas... Paró el trineo. La casa de *Frú* había desaparecido, el sitio que ocupaba estaba vacío. Saltner no quiso creer lo que veía. ¿Se había ausentado *Lá* sin avisarle?

En el sitio que ocupara la casa, se veía un anuncio que contenía únicamente estas palabras: «Mudado 29,36 a Mari, Sei 614».

Saltner se quedó perplejo; 29,36 era la hora de la partida. Comparó el calendario que se formara para el cálculo del tiempo marciano, pues aún le costaba bastante trabajo usar el sistema duodecimal y la indicación de horas y minutos en quebrados. Su reloj marcaba 29,37: era una diferencia de diez minutos; hacía diez que comenzara el transporte de la casa. Entonces, la casa que vio pasar era la casa de *Lá*. Aún no podía estar muy lejos. Si ponía su trineo a toda velocidad, tal vez alcanzaría al transporte antes de que llegara al carril de trineo, que se lo llevaría con la velocidad máxima. Saltner dio vuelta a su vehículo; pero ¿de qué le serviría esto? No podía sacar a *Lá* del sueño en medio de la noche. Anotó la dirección «Mari»; él no sabía dónde se hallaba este estado o distrito, si estaba lejos o cerca, pero podía indagarse. Decidió irse a casa. Desde medio día no había vuelto a ella y allí, seguramente, encontraría la explicación del rápido viaje de *Lá*.

La casa de Saltner estaba muy cerca. Al abrir la puerta se encendieron las lámparas de la casa y lo primero que halló al pisar la habitación fue un papel con estas palabras en alemán: «Hablé en el gramófono. *Lá*».



Saltner corrió a donde estaba el instrumento y abrió el cierre. Sonó el leve golpear que indica el comienzo y, en seguida, oyó la armoniosa voz de *Lá*, que le decía las siguientes palabras en son de cariñoso reproche:

«Pero ¿dónde te has metido, querido Saltner? Tres veces te he llamado; te busqué en casa de la señora de Torm; habías salido y ella también; en seguida corrí a tu casa, donde tampoco te hallo, y ahora sólo tengo el tiempo suficiente para decirte algunas palabras en el gramófono, para que no te creas que tu *Lá* se escapó sin decirte adiós. Escucha lo que ocurre. Dentro de media hora nos mudamos a Mari, Sei 614. Mari está bastante distante de aquí, al suroeste, sobre el margen este del desierto de Gol. No, no lo hago con gusto; ¡cuánto más hubiera querido quedarme contigo en nuestra hermosa Klá! Mari es más fresco, y esto seduce a mi madre. Pero la causa principal es otra. ¡Vosotros los hombres, que sois tan malos, tenéis la culpa de todo! En Gol se verifican los ensayos para proteger los buques aéreos contra la artillería humana; mi papá vuelve otra vez por allí y así podremos despedirnos de él antes de que emprenda el viaje a la Tierra. Desde aquí sería demasiado lejos para él y en Gol volveremos también a ver a *Sé* antes de que salga. Conque ¡consérvate bien, querido amigo! Todos los días podremos hablarnos. Mañana entre tres y cuatro te hablaré; ¡estate en casita! Por lo pronto, no te espero en Sei; tu viaje no se vería con agrado. Pero una vez que se hayan ido los buques interplanetarios y que reine más calma espero vendrás a visitarnos. ¡Hasta que nos volvamos a oír mañana! Tu *Lá*.»

Saltner había escuchado con la respiración en suspenso; ahora hizo retroceder el aparato y repetirse las palabras de despedida de *Lá*. Después estuvo pensando largo tiempo sobre ellas. Le asaltaba una multitud de dudas.

Saltner se acordaba del desierto de Gol; *Lá* se lo había enseñado cuando el buque interplanetario que lo trajo a Marte se aproximó a la estación exterior. Era aquella gran mancha clara, no muy lejos del Polo Sur, que los astrónomos de la Tierra denominan la isla Thyle 1. Su camino del Polo a Klá conducía cerca de ella, a causa de resultar el curso directo molesto por las nieves. Recordó que durante su trayecto notó al amanecer, y al través de la ventana del expreso, conformaciones nubosas lejos al oeste, y que le dijeron que era la niebla matutina en la meseta elevada en el desierto de Gol. Igualmente, había oído que allí se verificaban los ensayos con los cañones humanos de gran alcance. Para semejantes campos de tiro no tenían los marcianos otros sitios que los desiertos y el de Gol era el más próximo al Polo Sur. Pero *Lá*, ¿por qué tuvo que precipitar tanto su viaje? Ella decía que para volver a ver a su padre antes de partir. En consecuencia, esperaban a *Frú* pronto, tal vez mañana mismo, y de aquí se deducía que la nave interplanetaria partiría también muy pronto. Por tanto, no tenía ningún tiempo que perder si deseaba ver a *Lá* personalmente antes de la salida del buque. Pero tratándose únicamente del deseo de despedirse del padre, ¿por qué se mudó *Lá* con casa y todo?

Era aún temprano para semejante veraneo. ¿Y por qué no quería que él la siguiera? Y esta observación sobre *Sé*, ¿qué significaba?

Para reflexionar sobre estas cuestiones tenía tiempo durante el viaje, puesto que Saltner se decidió en el acto a seguir a *Lá* para hablarle. Era imposible tratar por teléfono lo que tenía que consultarle, que pedirle; tenía que verla cara a cara y, aun así, temía con fundadas razones, que ella se negara también. Pero por difícil que se le hiciera el paso no podía ni debía sustraerse a darlo; había que hacerlo en el acto, antes de que la nave interplanetaria abandonara Marte. La promesa que diera a *Isma* de pedir auxilio a *Lá* tenía que ser cumplida. Además, había algo más grave que le preocupaba. Creía en su deber de dar aviso a los estados terrestres de los pasos que daban los marcianos. Recordaba las palabras de *Grunthe*, quien dijo que eran exploradores y que tal vez dependía de su fiel servicio el bienestar de la Tierra civilizada. Los hombres debían saber tanto la declaración que el gobierno marciano tendría a bien darles como las opiniones que prevalecían en Marte en el gran partido antibático y el juicio que él, como hombre, se había formado sobre el proceder marciano. Su deber era tratar de enviar a la Tierra las cartas que conservaba, sin el visto bueno marciano, y lo trataría aun a costa de un doloroso rompimiento con *Lá*.

Ella le había dicho: «Por lo pronto, no te espero en *Sei*; tu viaje no se vería con agrado». Nuevamente se hizo repetir las palabras. Esto era una opinión de *Lá*, tal vez un consejo, pero no una orden categórica. ¿Por qué se expresaría de un modo tan vago y no con su acostumbrada claridad? ¿Seguiría algún deseo extraño que no concordaba con el suyo? «Tu viaje no se vería con agrado». ¿A quién desagradaría su viaje? No decía ella que lo desaprobaba y que otros, el gobierno, los marcianos, *Ill*, *Ell*, lo desaprobaban tampoco. ¿Qué le importaba? No lo sabrían hasta que estuviera allí; una vez que hubiera hablado con *Lá*, lo demás le era indiferente. Conque, ante todo, ¡en el acto a *Mari*!

Saltner sabía que el transporte de viajeros a largas distancias se efectuaba en los carriles de rueda de hora en hora, así es que podía partir en cualquier momento. Pronto terminó sus preparativos, que consistían en un saco de mano, el abrigo de pieles que trajera de la Tierra y su «esponja de energía», o sea su capital, que le proporcionaba el dinero usual para el tráfico. Era ésta una cajita llena con unos polvos metálicos finísimos que contenían en sus poros éter condensado en extremo, que representaba cierta cantidad de trabajo. Un gramo de estos polvos tenía un valor aproximado de 5000 francos⁶⁷, puesto que colocándolos en el aparato adecuado se obtenía una fuerza productiva equivalente a esta cantidad. Esta

⁶⁷ Desde 1865 y hasta bien entrado el siglo XX, con el establecimiento de la Unión Monetaria Latina, el franco fue una moneda de circulación general en gran parte de Europa, incluyendo Austria-Hungría. Equivalía a 0.29 gramos de oro. Así que hoy (2024) esos 5000 francos tendrían un valor aproximado de 110 000 USD.

unidad monetaria se llamaba «eck» y era al mismo tiempo el equivalente de diez mil unidades de irradiación. La costumbre era cambiar uno o dos centigramos, 50 o 100 francos, por moneda corriente, una operación que podía llevarse a cabo en todas las casas de comercio.

El transporte de viajeros en los carriles de rueda se efectuaba tan sólo tratándose de distancias mayores de trescientos kilómetros y era muy cómodo; Saltner lo conocía. No había que ocuparse para nada de guías ni de enlaces; el transporte se efectuaba poco más o menos como en la Tierra se hace con las cartas. Sin el concurso de los pasajeros, la administración los trasbordaba en los enlaces y por el camino más corto.

Saltner se fue a la estación más próxima empleando el carril escalonado y llegó a ella en un cuarto de hora. En largas filas se hallaban dispuestos los coches de viaje; nada de taquillas, de billetes ni de conductores. Un solo empleado cuidaba de que al estar ocupados los coches de una hilera se colocaran otros desocupados. Cada persona tomaba un compartimento que tenía un ancho de metro y medio, dos y medio de largo y tres de altura, formando un gabinete cómodamente alojado y bastante amplio para un individuo. Con un solo movimiento de manos se transformaba el sillón y la mesa en una cómoda cama. Igualmente contenía el compartimento un aparato automático que, a cambio de la moneda correspondiente, ofrecía comida y bebida. La entrada se hallaba en el lado estrecho del coche que, a su vez, descansaba sobre patines. A la salida de los trenes eran deslizados sobre los vagones del ferrocarril de rueda.

Saltner se aproximó a un compartimento desocupado, sacó del bolsillo un teckel de oro, moneda equivalente a diez francos, y lo introdujo en la abertura que a este fin se hallaba en la puerta; ésta se abrió en el acto y Saltner penetró en el interior del coche. La hora de la entrada se registraba automáticamente y el viajero había adquirido el derecho de permanecer en el compartimento durante un día completo y de hacerse llevar adonde se le antojara.

De una cajita sacó en seguida un cartoncito para inscribir en él la dirección del coche. Reflexionó breves momentos. ¿Sería suficiente con «Mari Sei»? Podría existir otro Mari. ¿Y si en lugar de llegar cerca del Polo Sur lo llevaban al Ecuador o al Polo Norte? Pero, como es natural, el compartimento tenía su biblioteca y, en ella, un indicador de trenes, obra maestra de estadística. Por medio de una tabla movable ingeniosamente construida podía precisarse en el acto el tiempo que se necesitaba para llegar de un punto a otro. Saltner buscó «Mari» y vio que, en efecto, existía otro lugar del mismo nombre en el hemisferio Norte y que tenía que agregar el nombre «Gol». En consecuencia, anotó esta dirección en el cartelito y lo colocó en el marco de la puerta. Así aparecía la inscripción ampliada y claramente iluminada en la parte exterior de la puerta. En el acto comenzó a oírse un suave zumbido, que seguía hasta el momento de abandonar el coche la estación y que servía de señal al viajero para advertirle que no se le olvidara la hora de la

salida. Cuando volvía a hacerse oír indicaba el término del viaje conforme a la dirección.

En el indicador vio Saltner que tendría que viajar ocho horas; la distancia era unos 3000 kilómetros. Era media noche y, por consiguiente, llegaría temprano por la mañana a la estación Mari. Pero tampoco necesitaba cuidarse de despertar a tiempo; el coche esperaba en la estación hasta que hubiera él cambiado la dirección o transcurrido el día pagado. En cambio, no sabía la distancia que le separaría desde la estación hasta el lugar de Lá; esto lo vería por la mañana durante el camino. Tampoco esperaba encontrar a Lá antes de la tarde, porque el transporte de las casas hecho en los carriles patinadores tardaba por lo menos el doble tiempo que el empleado por los viajeros.



Saltner tiró de la manecilla y transformó el compartimento en un dormitorio. Acto seguido se acostó. Ningún ruido de rieles, ningún silbido ni grito lo turbaba. Entonces notó que el zumbido había cesado y que ya comenzaba a caminar. Pensó cuán hermoso era que allí todo el mundo, mediante diez francos, disponía de un coche-salón mucho más cómodo que los que gastaban los príncipes de la Tierra. ¡Tres mil kilómetros! Y se le vino a la mente que esa era precisamente la distancia al pueblo de Sé. ¡Cuánto tiempo había transcurrido sin verla!

Saltner se quedó dormido mientras el coche que ocupaba corría por debajo de las aceras y de las casas y entre los rectos canales en dirección al suroeste.

MUESTRA

XLIII. LOS VENCIDOS

ERA LA NOCHE DE UN LLUVIOSO DÍA DE AGOSTO DEL AÑO SIGUIENTE A LA SALIDA tumultuosa de Berlín de la embajada marciana. Un hombre envuelto en una capa de viaje subía apresuradamente por la desierta calle que daba al Observatorio de Friedau. Una barba pobladísima y el sombrero ancho que bajaba hasta los ojos dejaban ver poco de sus facciones. De vez en cuando echaba con sus penetrantes ojos una mirada recelosa en derredor suyo, como si temiera ser observado. Pero nadie se fijó en él. Los faroles del alumbrado público no estaban encendidos todavía y la lluvia que caía silenciosa apagaba los últimos reflejos del crepúsculo.

Conforme el hombre iba acercándose a la verja del Observatorio iba acortando sus pasos, como si tratara de prolongar un momento el deseo que hasta allí lo guiaba. Ante la verja se paró un instante, mirando las oscuras ventanas del edificio. Se quitó el sombrero y secó la frente. Su cara estaba quemada por el sol y presentaba las huellas de grandes privaciones y penas profundas que habían hecho blanquear sus cabellos. Con resolución tiró de la campanilla.

Transcurrió bastante tiempo hasta que se dejaron oír pasos. Un muchacho abrió la puerta.

—¿Puedo ver al señor doctor? —preguntó el forastero con voz profunda.

—El doctor Grunthe ha salido —contestó el criado—. Pero a las ocho y media volverá.

—¿El doctor Ell ya no está aquí?

—No lo conozco. O puede que usted se refiera...

—Me refiero al señor doctor Ell, que edificó el Observatorio.

—El señor Cultor reside en Berlín...

El forastero movió la cabeza; luego dijo brevemente:

—Volveré dentro de una hora.

Dio la vuelta y se marchó. ¡El señor Cultor! ¿Qué significaba esto? Lo ignoraba. ¿Allí, pues, vivía Grunthe? Él podía darle noticias. ¿A dónde iría mientras?

A pocos pasos, en un callejón lateral, brillaba una linterna roja. Sentía necesidad de comer y de beber. Sabía que la linterna indicaba una taberna de arrabal, de ínfima clase; de los clientes que iban allí, seguramente no lo conocería ninguno. Podía aventurarse.

Penetró y se sentó en un rincón.

—Ante todo, tráigame usted algo de comer; tengo prisa —dijo al fondista.

—Salchichón de carbono, asado de retorta, manteca mineral, pan artificial, todo exquisito y moderno, de la mejor fábrica, a lo *nume*.

El fondista desapareció y el forastero se apresuró a tomar el periódico que estaba sobre la mesa. Era El Correo de Friedau. Con un repentino movimiento



de asco quiso tirar el diario, pero se dominó y comenzó a leer. Casualmente se detuvo su mirada en la «Sección Judicial»:

«Por no visitar asiduamente la escuela de instrucción para adultos se impusieron multas a veintiocho personas; una, que dejó de asistir del todo, fue enviada al laboratorio psicológico durante seis días. En el laboratorio psicofísico ingresaron, por un día cada uno, tres personas por mendigar, una por crueldad con los animales, cinco por tocar el piano sin sordina. Los pianos fueron confiscados.»

Moviendo la cabeza leyó en otro lugar del periódico: «La petición dirigida al ministro de Comunicaciones, que llevaba millares de firmas de Friedau, encaminada a concederle a nuestra ciudad una estación de parada para la nave aérea Polo Norte - Roma, ha sido de nuevo desatendida. Nuestros lectores saben bien las causas de estar mal mirada nuestra población por algunos *nume* de grandes influencias. Sin embargo, no nos detendremos y seguiremos indicando que aún no se ha aclarado la enigmática desaparición de nuestro gran ciudadano honorífico, Torm, en mayo del año pasado, por mucho que moleste a algunos esto.»

La hoja temblaba en manos del forastero. Su vista volvió por segunda vez a repasar el párrafo. Ahora llegó el fondista con la comida. El huésped dejó el periódico aparentando indiferencia.

El forastero había terminado su comida. Miró el reloj: era aún temprano para ver a Grunthe. Se metió más al rincón y tomó de nuevo el periódico, dando la espalda a los parroquianos, antiguos conocidos de él algunos de ellos. «¡Es extraño! —pensó para sus adentros, mientras escuchaba la conversación de aquéllos aparentando leer—. ¡Es extraño! ¿Cómo viene esta gente a semejante figón de extramuros? Schnabel, Pellingner, Wagner, solían tener su mesa en el “Príncipe Carlos Segismundo”».

Las medias voces de los parroquianos se oían claramente:

—Vea usted, otra vez, con qué injusticia juzga usted —decía Pellingner—. Torm desapareció antes de regresar Ell a la Tierra. Lo sé fijamente. Ell regresó después de hechas las paces, el 21 de junio del año pasado y Torm desapareció al estallar la guerra en mayo. La cosa debe de ser distinta. Grunthe cree también en la inocencia de Ell.

—¡Vaya con Grunthe! —exclamó Schnabel—. Ése es un matemático al que le importa un comino todo asunto mujeril. De eso no entiende nada. Y yo apuesto mi cabeza a que en el fondo del asunto hay una mujer. De lo contrario, ¿por qué está ahora en Berlín?

El forastero se movió de repente sobre su asiento, pero al instante volvió a esconderse detrás del periódico.

A Pellingner le bastó el movimiento para fijarse en él y en seguida hizo señas a Schnabel para que moderara su voz.

—No se sulfure usted —dijo—, el asunto no nos importa nada. Yo tengo muy poca gana de ir al laboratorio, según la nueva ley.

—Sin embargo, sería usted muy a propósito para ensayos de transparencia —indicó Wagner—. Este sacrificio se lo debería usted a la ciencia. No le hace falta afeitarse el cráneo.

—Mi cerebro es demasiado normal —contestó el aludido—. Pero usted debe saber lo que pasa allí, doctor; ya estuvo usted en él durante un día. ¿No tuvo usted que hacer ensayos sobre el cansancio al hacer cálculos matemáticos? ¿Qué falta había usted cometido?

—¡Cuántas cosas sabe usted! —dijo Wagner algo cohibido—. Únicamente quise mirar los aparatos. Le diré que vi un instrumento para retratar los sueños.

—¡Qué diablos! No exagere usted tanto —exclamó Schnabel—; yo estuve también...

—¡Ah! ¿conque también estuvo usted allí? Sea enhorabuena.

Ambos entablaron una disputa, mientras Pellingner observaba al forastero con suma atención. Éste pagó su cuenta, se levantó, se puso el sombrero y salió sin volver la cabeza.

XLIII. LOS VENCIDOS

—Yo conozco a ese hombre —murmuró Pellingier.

—¿Qué dice usted?

—Nada. Me pareció que el caballero que acaba de salir era un antiguo conocido. Probablemente me equivocaría. ¿Iban ustedes a contar cómo se divertieron en el laboratorio? ¡Ja, ja, ja!

MUESTRA



LI. LAS MARCIANAS EN BERLÍN

DEBAJO DEL LUJOSO PORTAL DEL NUEVO «HOTEL MARCIANO», EN EL BOULEVARD Unter den Linden⁸⁹ de Berlín, estaban paradas dos señoras de porte elegante. Lo mismo por sus movimientos reposados al inspeccionar las instalaciones del hotel como por la riqueza de sus trajes revelaban su distinción. Cubrían sus rostros densos velos que hacían imposible juzgar su edad.

—No me gusta nada —dijo Sé—. Todo es sobrio, pequeño, estrecho. Se ve materialmente cómo la pesadez aplasta los edificios y achata los tejados. Las paredes, los balcones, todo está vertical; parece que no existe ninguna línea horizontal. ¡Mira con qué dificultad está apuntalado este balcón desde abajo! ¡Y cuán pobre y falto de gusto todo esto de las tiendas! ¡Y esto es la capital! ¿Cómo será el resto?

—No debes comparar todo siempre con lo nuestro —replicó Lá—. En conjunto es sorprendente lo que produce la gente en relación con su cultura. Tienen

⁸⁹ «Bajo los Tilos», literalmente. Es un amplio boulevard berlinés que parte de la Puerta de Brandemburgo. Quedó durante la división de Berlín en el sector soviético. En el siglo XIX había aglutinado la vida social y cultural de la ciudad.

industria; pero, como es natural, deben guiarse por la gravedad y no pueden edificar como nosotros. En cambio, aquí se puede pasear al sol sin quemarse. Y mira estas primorosas nubecillas blancas cómo caminan por el cielo azul. Me gusta más que nuestro eterno resplandor verde y el cielo casi negro.

—Me parece que te enamoras demasiado de la Tierra. A mí me repugna hasta el ruido tan atroz que se percibe. La gente conversa de una manera que se oye a varios pasos de distancia. Los coches arman también un ruido insoportable. ¡Cómo sería cuando aún tiraban caballos de ellos!⁹⁰

—Ya nos acostumbraremos.

Un coche las llevó a la casa donde vivía Isma. Atravesaron el patio y, con disgusto, vieron que no había ascensor. ¡Y había que subir tres escaleras! Con trabajo subieron. *Sé* suspiró varias veces.

Por fin llegaron a la puerta que llevaba la inscripción «Isma Torm». Llamaron y una amable vecina, una señora de edad, les informó de que Isma no estaba en casa. Luego conoció que tenía delante a dos señoras de Marte y se disculpó muchísimo, diciendo que la señora de Torm volvería a casa en el acto, que pasaran un momento, que en la casa todos estaban vacunados, que al momento las llevaría a la habitación de la señora. Dicho esto, las dejó solas.

Las marcianas inspeccionaron cuidadosamente la habitación, que era amplia y alegre. *Sé* reconoció en el acto a Torm en la fotografía de tamaño natural que pendía de la pared. *Lá* observó con sumo interés hasta el detalle más minucioso: en todo ello se veía el origen marciano. Innumerables objetos eran testigos del viaje marciano de Isma.

Sé había estado hojeando los periódicos. De pronto exclamó:

—Escucha, *Lá*, lo que dice aquí y que te interesará: trata de *Oss* y de Saltner...

Lá tomó el periódico; pero, apenas tuvo tiempo de encontrar la noticia, cuando se abrió la puerta, presentándose Isma.

Su sorpresa fue grande y se saludaron con efusión. Pero Isma se sintió cohibida. ¿Por qué no le diría Ell nada de esta visita? Se sintió más libre cuando en el transcurso de la conversación se enteró de que él no sabía nada de la llegada de *Lá* y pronto se convenció de que no fue el deseo de ver a Ell lo que motivó el viaje de *Lá*. Ésta contó sus aventuras del hotel hasta la casa de Isma y *Sé* obtuvo el deseado almuerzo. Después llevó *Sé* la conversación sobre el artículo del periódico que trataba de *Oss* y Saltner.

Decía que por insinuación de *Oss*, instructor de Bozen, se perseguía al conocido explorador Saltner por haber predicado en público desobediencia contra la ley, resistencia contra el *nume* que representaba la autoridad, por amenazas contra el instructor, abuso de documentos públicos y por liberar prisioneros. Se agre-

⁹⁰ En 1897 apenas hacía once años que se había patentado el primer vehículo de combustión por, el ingeniero Carl Benz el 29 de enero 1886, precisamente en la Oficina Alemana de Patentes Imperial en Berlín.

gaba, además, el deseo de que no llegara a confirmarse la gravedad de la acusación, puesto que era sabido que contra el mismo instructor *Oss* estaba pendiente una investigación por abuso de autoridad y que era inminente su destitución. Se ignoraba el paradero de *Saltner*, pero todas las autoridades lo buscaban con ahínco.

Ell había visitado a *Isma* el día anterior cuando recibió detalles sobre los acontecimientos ocurridos en *Bozen* y llegaron las primeras noticias en los periódicos. Las quejas contra *Oss* habían sido llevadas primero al subcultor en *Viena*, que se hallaba en la difícil circunstancia de ser responsable ante el cultor del territorio alemán en *Berlín* respecto a lo gubernamental; pero, en cuanto a la expedición de órdenes, dependía de la autoridad política, que era el ministerio austríaco. En consecuencia, no pudo dictar en seguida contra *Oss* la orden de suspensión, sino que antes tuvo que entablar negociaciones con el gabinete en *Viena* y éste tenía que informar a *Ell*.

Así se pasaron varios días desde la fuga de *Saltner* antes de que *Ell* la supiera. En el acto se procedió contra *Oss* en virtud de las quejas de las autoridades y vecinos de *Bozen*, dando órdenes al subcultor en *Viena* de ir en persona a *Bozen*. Ya podía esperarse su llegada, pero para *Saltner* no mejoraba la situación.

Después relató *Isma* lo que *Saltner* hiciera, según su misma confesión en la carta que le leyera *Ell*.

Sé movió la cabeza y opinó:

—Eso parece muy propio de *Saltner*. La cosa es bastante grave.

—¿Por qué? —exclamó *Lá* irritada—. Creo verdad cuanto ha escrito *Saltner* y por eso no ha cometido falta alguna. Ni atacó a *Oss* ni se opuso a sus órdenes, puesto que las ignoraba todavía; y a su madre la puso en libertad de una manera que, formalmente, no puede ser condenada.

—*Ell* tiene una opinión distinta —replicó *Isma*—. Disculpa a *Saltner* que, en su situación y dado su carácter, no pudo obrar de otra manera; pero cree que lo condenarán. En todo caso, tiene que dejar que la ley siga su curso y, por mucho que lo sienta, mandará prender a *Saltner*.

Lá palideció.

—¿Y creen poderlo prender? —preguntó.

—Pocos son los guías que conocen su paradero y ninguno le hará traición; los que conocen aquellas montañas tampoco se prestarán a capturarlo. Los *nume* no pueden subir tales alturas para buscar entre los barrancos. Pero el subcultor de *Viena* tiene un vehículo aéreo a su disposición y el mismo *Ell* no podría negarse a enviar otro. Así se investigará bien toda la montaña y no creo que pueda escaparse nuestro amigo.

—¡Pero si llegara a escapar!

—¿A dónde no llega el poder de los *nume*?

—Primero, se trata únicamente de las autoridades marcianas en la Tierra; en el *Nu* cesa todo poder de los cultores y residentes. El Consejo Central tendría que resolver la extradición.

Y aun el mismo Consejo no podría penetrar en la casa particular para prender a su dueño.

—Lo sé; pero ¿cómo quiere usted que llegue Saltner al *Nu*? Y aun siendo así, la cuestión es si el pasaporte de Saltner es suficiente para que se le sigan concediendo los derechos del *nume*. Podría declararse nulo.

—Hay un asilo inviolable —dijo *Lá* en voz baja, con la mirada vaga como mirando a lo lejos.

Isma no la comprendió. *Sé* miró a la amiga y no quiso creer lo que oía. Después le puso la mano en el hombro y dijo sonriendo:

—Creo que lo ves demasiado negro. Saltner puede ser perseguido únicamente hasta donde llega en realidad el protectorado marciano en la Tierra. De manera que en terrenos ultraeuropeos ya estaría fuera de peligro, puesto que para exigir una extradición de allí se necesitarían medidas que no se tomarían por semejante pequeñez. Y lo que Ell no se vea obligado a hacer, tampoco lo hará.

—Eso mismo creo también —dijo Isma—. Entre nosotras diré que Ell desea que no aparezca Saltner; entonces se llevará el proceso *in absentia* y al cabo de un año podría incluirse la causa en la amnistía.

—Bueno; entonces no nos preocupemos más de ello. Saltner sabrá salir del paso. Díganos usted ahora lo que debemos hacer con este tiempo tan hermoso.

—Desearía saber —dijo *Lá*— cuándo podrá comenzar la persecución de Saltner con los buques aéreos.

—Ni hoy ni mañana —contestó Isma—; lo sé de fijo. Ell me dijo que el subcultor tenía primero que llevarla causa de *Oss* y, entretanto dure, retiene su nave. ¿Le pregunto a Ell? —y mostró el teléfono.

—No —contestó *Lá*—, todavía no queremos que el señor Cultor sepa nuestra llegada. Ahora háganos usted sus proposiciones.

—El tiempo es demasiado hermoso para estarse en Berlín.

—Sí, sí —exclamó *Sé*—. Salgamos. ¿Puede usted acompañarnos por la tarde?

—Sí, hasta la noche.

—¿Qué dices, *Lá*? ¿Iremos a ver la selva alemana cerca de Friedau, que Isma nos pintó tan seductora?

Lá reflexionó. Después afirmó con la cabeza y dijo:

—Conforme.

—Pero ¿qué dicen ustedes? —exclamó Isma—. Para llegar hasta allí necesitamos caminar en el tren durante cinco horas.

Lá se sonrió.

—Estaremos en veinte, en quince minutos, si usted lo desea. Arréglese usted y verá nuestro modo de viajar.

—¿Tienen ustedes una nave aérea?

—¡Y poco hermosa que es! —respondió *Sé*—. Si queremos no nos da alcance ni el buque de guerra del tamaño más grande.

MAPA DE MARTE DE 1888

EN LA LLAMADA «GRAN OPOSICIÓN DE 1877», DURANTE UNAS SEMANAS MARTE se situó a unos 55 millones de kilómetros de la Tierra, prácticamente la mínima distancia a la que pueden encontrarse ambos cuerpos. Fue una ocasión de oro para observarlo desde la Tierra. Sin ir más lejos, el astrónomo estadounidense Asaph Hall (1829-1907) descubrió en agosto de ese año sus dos pequeños satélites, Fobos y Deimos. El astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli (1835-1910) también observó Marte en 1877 y comenzó a elaborar un mapa, labor que completó con otras observaciones hasta 1886, publicándolo en 1888. Su mapa fue en su época la mejor descripción de la geografía de Marte.

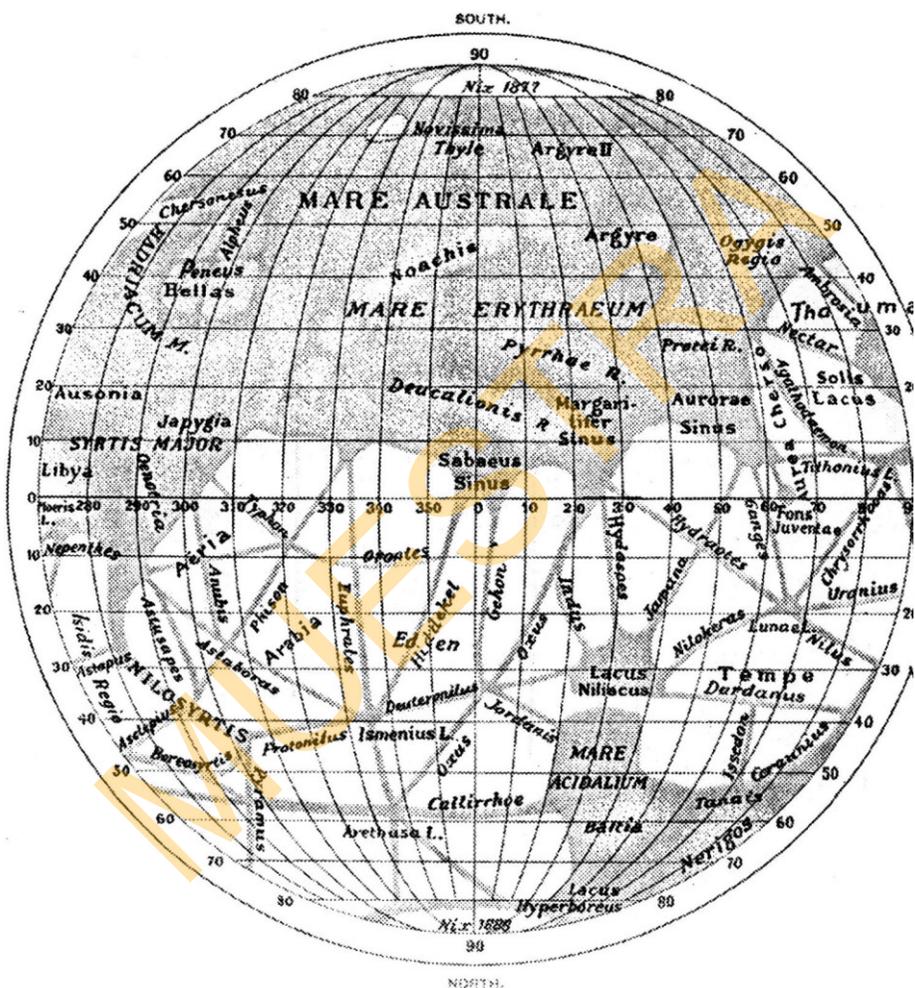
Entre otros elementos señaló lo que llamó *canali*, concepto que rápidamente cautivó la imaginación de otros astrónomos, sobre todo del estadounidense Percival Lowell (1855-1916), quien creyó ver en ellos infraestructuras de una civilización avanzada, y profundizó en la observación de Marte con esa premisa. Con las décadas se empezó a sospechar que los canales podrían ser ilusiones ópticas, hecho que quedó completamente asentado con la llegada de las primeras sondas en la década de los sesenta del siglo XX. No hay tales canales artificiales, aunque sí hay muchas evidencias de antiguos ríos, algunos de ellos gigantescos, antiguos lagos y antiguos mares.

Al cabo, gran parte de los rasgos indicados por Schiaparelli se corresponden, más que con rasgos orográficos concretos, con «características de albedo», que no son más que zonas con algo más o menos de brillo que sus vecinas, a menudo sin implicaciones orográficas. Aun así, gran parte de los topónimos empleados entonces los ha mantenido la Unión Astronómica Internacional, aunque sea para nombrar elementos diferentes a lo que se señalaron en su tiempo.

Sin duda, Lasswitz usó el mapa de Schiaparelli para describir Marte en esta novela. Se pueden seguir las evoluciones de los personajes por el planeta viendo este mapa.

Ha circulado con, al menos, dos proyecciones. Una en planisferio y otra en «mapamundi» (dos hemisferios, cada uno circular), que en este caso habría de llamarse «mapamarti». Por comodidad, para poder presentarlo mejor en dos páginas uso la segunda versión. Ojo, el sur está arriba, no abajo (por tanto, el este a la izquierda, no a la derecha), tal y como se veía a través de un telescopio de la época.

MAPA DE MARTE DE 1888



GLOSARIO MARCIANO-ESPAÑOL

Ba: La Tierra.

Bat, Bate: Habitante/s de la Tierra.

Bed: Habitante(s) del desierto marciano.

Corsan: Colecciones.

Dela: Pequeño cristal brillante que se engarza en tela.

Eck: Unidad monetaria marciana, equivalente a un gramo de éter condensado.

Fuchí: Disfrutar, emplear estéticamente.

Gragra: Enfermedad leve típica de la infancia marciana.

It: Conjunción que significa «y».

Kalalek: Esquimales.

Ko: Pobre, desafortunado.

Lis: Género de tela. Su hilo se extrae del interior de ciertos árboles marcianos, donde lo produce una especie de araña.

Lo: Preposición que significa «hacia».

Loffes: fruta natural marciana, una de las pocas que existen. No se considera un alimento, por lo que puede comerse en público.

Nu: Marte.

Num: habitante/s de Marte.

O: Sol.

Pik / Pike: Cápsula/s pequeñas y redondeadas que colocadas en una varilla de aluminio se acercan a la frente, lo que produce una sensación agradable y refrescante.

Re: Familia

Rob: Material diabar adecuado para resistir las condiciones de la atmósfera terrestre.

Ro-wa: Especie de flor bailarina, parecida al lirio.

Sila: Viva, hurra.

Spé: Disparo directivo en la navegación espacial.

Vel: Nave.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE MARCIANOS

All: Explorador espacial. Fue el primero en alcanzar el Polo Sur de la Tierra. Quedó varado en la Tierra. Hermano de *Ill* y padre de *Ell*.

An: Miembro de Consejo Central del *Nu* en la época del primer contacto con los hombres.

Ar: Pionero de los viajes espaciales. Desaparecido en el espacio. Se nombró en su honor la isla Ara, en el Polo Norte terrestre.

Ben: Diputado que propugnó un enfoque moderado en la relación con los hombres, a medio camino entre filobáticos y antibates.

Blú: Artista marciana especializada en el arte del tacto.

Col: Explorador espacial. El primero en alcanzar la Luna de la Tierra.

Dalf: Militar a cargo de la flota marciana congregada en el Polo Sur en la época de la apertura de la primera embajada.

Del: Miembro de Consejo Central del *Nu* en la época del primer contacto con los hombres.

Ell: Hijo de *All* y de una mujer alemana. Nacido en Australia. Promotor de la expedición humana al Polo Norte. Más tarde Cultor de los Alemanes.

Em: Miembro de Consejo Central del *Nu* en la época del primer contacto con los hombres.

Ern: Sobrino de *Sé*. Niño en la época del primer contacto.

Eu: Parlamentario. Opositor a la colonización de la Tierra.

Fei: Capitán de la embarcación Gló.

Frú: Director de la Estación Exterior del Polo Norte de la Tierra. Más adelante inventó un nuevo sistema de propulsión que permitió acortar el viaje entre Marte y la Tierra. Padre de *Lá*.

Hil: Médico de la Base Polar en el Polo Norte de la Tierra. Más tarde empleado en el Protectorado de la Tierra.

Ill: Comisionado de los Estados Unidos Marcianos, miembro de su Consejo Central, enviado a la Tierra tras el primer contacto. Más tarde presidente del Imperio Polar de los *nume* y Protector de la Tierra. Hermano de *All* y tío de *Ell*.

Imm: Filósofo reputado. Autor de la doctrina de la numenidad.

Kal: Plenipotenciario de los Estados Marcianos en la primera embajada marciana en Australia.

Lá: Hija de *Frú*. Más tarde esposa de Josef Saltner.

Lei: Sucesor de Ell como Cultor de los Alemanes. Sucesor de *Ill* como presidente del Imperio Polar y Protector de la Tierra. Antibate.

Ma: Esposa de *Ill*.

Mitt: Primer timonel del viaje de *All* al Polo Sur de la Tierra. Más tarde sería el primer marciano en circunvalar Júpiter.

Oss: Capitán del Meteorito. Más tarde, Instructor de Bozen. Se distinguió por sus posiciones antibate.

Rá: Director de la Base Polar en el Polo Norte de la Tierra.

Sé: Joven marciana del equipo técnico de la Base Polar en el Polo Norte de la Tierra. Más tarde asignada a la investigación del blindaje de nihilita.

Spé: Inventor de los disparos directivos para la navegación interplanetaria.

Stuh: Instructor en el distrito de Fráncfort, destacado por su mala adaptación a la Tierra.

Tam: Marino de la expedición de *All* al Polo Sur de la Tierra que fue atrapado por un oso (*sic*).

Tó: Ingeniero en la Base Polar, artífice del rescate de Saltner y Grunthe. Capitán del Cometa.

Wast: Sobrino de *Sé*. Niño en la época del primer contacto.

SOBRE ESTA EDICIÓN Y LA DE 1904

CONOCEDOR DE MIS INTERESES UN POCO ESTRAFALARIOS POR LA CIENCIA Ficción clásica, casi diríamos vetusta, Mariano Villarreal me sugirió en febrero de 2023 que echara un ojo a *Entre dos planetas* y, si se daba el caso, pensara en una reedición. No lo había leído. Recordé después que hacía unos años había leído algo sobre esa obra en un artículo de Agustín Jaureguizar, que busqué, encontré y disfruté. Guiado por tan buenos prescriptores me entró un gran deseo de leerla. Esta novela del alemán Kurd Lasswitz tan sólo había conocido una tempranísima y meritoria edición en español, en 1904.

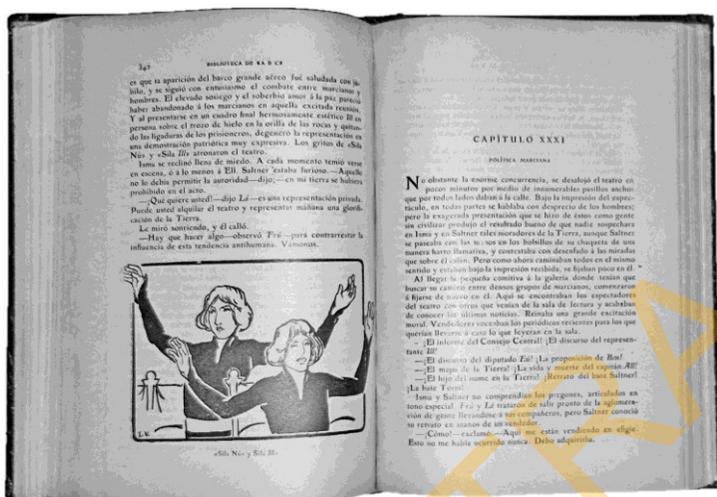
La novela había salido por entregas de cuatro páginas cada una, ya maquetadas para recortar, doblar y encuadernar, entre 1903 y 1904 en el diario ABC. Ilustro aquí un ejemplo de cómo funcionaba esta colección mediante una miniatura de una página de periódico, en concreto con la página 11 del ABC del 14 de julio de 1903. La mitad inferior de esta cara contiene las páginas 36 y 33 de la novela. La siguiente cara, la página 12, contiene las páginas 34 y 35. Al coleccionar los números, recortar y doblar iba formándose la novela. Algo incómodo quizá para seguir el serial número a número, pero idóneo para hacer la colección por fascículos.

En la hemeroteca digital de ABC se pueden encontrar bastantes números. Encontré lectura sin interrupción hasta el capítulo XVII, lo que fue más que suficiente para engancharme a *Entre dos planetas*. Luego quedé burlado por la web, pues al parecer ¡ay! la digitalización de ABC no está completa y quedan grandes lagunas. De hecho, lo siguiente que hallé tras la interrupción se correspondía ya con la parte final de la novela.

Así que, intrigado de verdad, me decidí a comprar el libro. No es fácil de encontrar, pero tampoco llega a ser una rareza. Varios ejemplares circulan entre aficionados y coleccionistas y muchos más han de estar durmiendo olvidados en bibliotecas particulares, pues al parecer bastante gente hizo la colección a primeros del siglo XX a base de recortes. Y, también, el diario ABC debió de usar periódicos devueltos para hacer una edición de tirada generosa que comercializó



a partir de 1904. A esta categoría debe de pertenecer mi ejemplar, pues sus hojas están bien guillotinas, no cortadas a tijera.



Cuando hube acabado la novela, fascinado, sentí la imperiosa necesidad de editarla, que no es otra cosa que darla a conocer. Así que me puse a la tarea. De tener un buen conocimiento de alemán, o uno pasable al menos, quizá me hubiera decidido a traducirla desde cero, como he hecho con novelas antiguas en inglés. Pero no era el caso. Como no subsistían ya derechos de autor ni sobre el original ni sobre la traducción (Lasswitz murió en 1910 y la edición en español es de 1904), bien podía usar la edición existente para crear una nueva, es decir, para reeditarla.

Pero las cosas bien hechas no son sencillas y, además, poco bueno se hizo del copiar y pegar. Nada tengo en contra del facsímil, pero yo pretendía presentar un texto legible, pulido, sin errores y que enganchara al lector. La edición de 1904, aunque fascinante como objeto físico y una muestra admirable de temprana de ciencia ficción traducida al español, bien examinada adolece de varios defectos como texto editado. Por las diferencias de estilo se puede colegir que fueron al menos dos, quizá tres, los traductores que intervinieron, con lo que hay criterios de traducción que mutan entre capítulos, lo que molesta y confunde al lector. Al menos uno de los traductores era marcadamente leísta, aún más que un paisano de Burgos, lo que extraña a menudo durante la lectura. En algunas ocasiones (no tantas, pero llamativas) había errores evidentes para los que tuve de acudir sin remedio a la edición alemana, que también tengo, para poder desentrañarlos.

Y, además, y esto no es un defecto de la edición de 1904, no poca ortografía ha cambiado tanto desde entonces que podría hacerse incómoda a un lector de hoy o, incluso, podría hacerle pensar que yo soy un mal editor. Mayúsculas sin tilde, como indicaba la norma entonces; «á» por doquier y otras partículas acentuadas que nos impactarían ahora; pronombres elípticos que hoy confundirían,

nombres propios traducidos (¿un alemán que se llama José?); uso muy diferente al actual de la puntuación, en particular en los guiones de diálogo; verbos que hoy rigen otras preposiciones... Un compendio de detalles que merecían ser puestos al día con el principal objetivo de hacer la lectura más agradable, más fluida. Una revisión letra a letra.

Pero... cuidado. La edición no debía perder su delicioso origen, sus aires casi decimonónicos, ese ritmo peculiar y las expresiones levemente trasnochadas. Así que, casi todo lo que no fuera un error manifiesto, una pérdida de criterio de traducción o una ortografía que hoy nos diera urticaria, se habría de conservar. En consecuencia, esta edición tiene casi las mismas palabras y estructura gramatical que leyeron nuestros bisabuelos. Es un edificio de 120 años de antigüedad, precioso y modernista, restaurado con respeto y al que se le ha añadido iluminación y fibra óptica.

Había algo más. Los últimos diez capítulos de la novela, el lector lo habrá notado, son más breves que el resto y su acción discurre algo atropelladamente. Además, están menos profusamente ilustrados. Sucede que mientras el original alemán tiene 60 capítulos, el traducido sólo 59. En particular falta el LIII de la edición alemana, que podría traducirse algo así como «Vacilaciones». Revisado, resultó que en la traducción al español de los capítulos finales se habían eliminado párrafos o abreviado algunos a un par de frases. Se conoce que el editor decidió recortar *Entre dos planetas* para terminar antes el folletín. ¿Por compromisos editoriales? ¿Cansado ya de los marcianos? ¿Para comenzar con otra novela por entregas que tuviera fecha comprometida de publicación? Quién lo sabe.

¿Qué hacer con esto? Consideré en traducir la parte final desde el original alemán. Pero sin duda, el resultado, aunque lo hubiera encargado profesionalmente, hubiera carecido, por moderno, del encanto de la cadencia y de las expresiones sublimemente anticuadas del resto del texto original. Así que lo dejé estar y esta edición mantiene los 59 capítulos de la edición de 1904.

¿Y qué hacer con el título? *Auf zwei Planeten* tiene aparentemente como mejor traducción «En (los) dos planetas» y no «Entre dos planetas». «Auf» viene a significar «en», pero también significa «acerca de» y parece tener una amplia gama de matices. Ante la misma dificultad, el editor en inglés decidió cortar por lo sano y titular la novela «Two planets». La expresión *auf zwei Planeten*, en toda la novela, sólo la menciona Ell en un pasaje cercano al final y la usa para resaltar lo profundamente dividido que tiene su corazón y su lealtad. Me vino a la cabeza que él, al no ser ni terrícola ni marciano, estaba «entre Pinto y Valdemoro». Alabando la sabiduría castiza y refranera del editor original, me convencí de que la mejor traducción posible para el título seguía siendo «Entre dos planetas» y que así debía quedarse.

Han sido todas decisiones que tomar; la conclusión, que es esta edición, es sólo el lugar al que he llegado cansado de pensar. Espero que la hayan disfrutado o, si han empezado el libro por el final, como hacen muchos, que lo disfruten a continuación.

Rubene Guirauta, Ciudad de Guatemala, octubre de 2024

COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN

Editados:

- | | |
|----------------------------|----------------|
| 01. El metal de la Luna | G.P. Serviss |
| 02. Edison conquista Marte | G.P. Serviss |
| 03. El Segundo Diluvio | G.P. Serviss |
| 04. Hacedor de Estrellas | Olaf Stapledon |
| 05. Entre dos planetas | Kurd Lasswitz |

Próxima aparición:

- | | |
|-----------------------------|------------------|
| 06. Un viaje a otros mundos | John Jacob Astor |
| 07. Un pionero del espacio | G.P. Serviss |

Planeados:

- | | |
|----------------------------|--------------------|
| 08. Muerte tornándose vida | Olaf Stapledon |
| 09. Lumen | Camille Flammarion |

EDICIONES

el cilindro

www.elcilindro.com